

EL TEATRO

MADRID

221

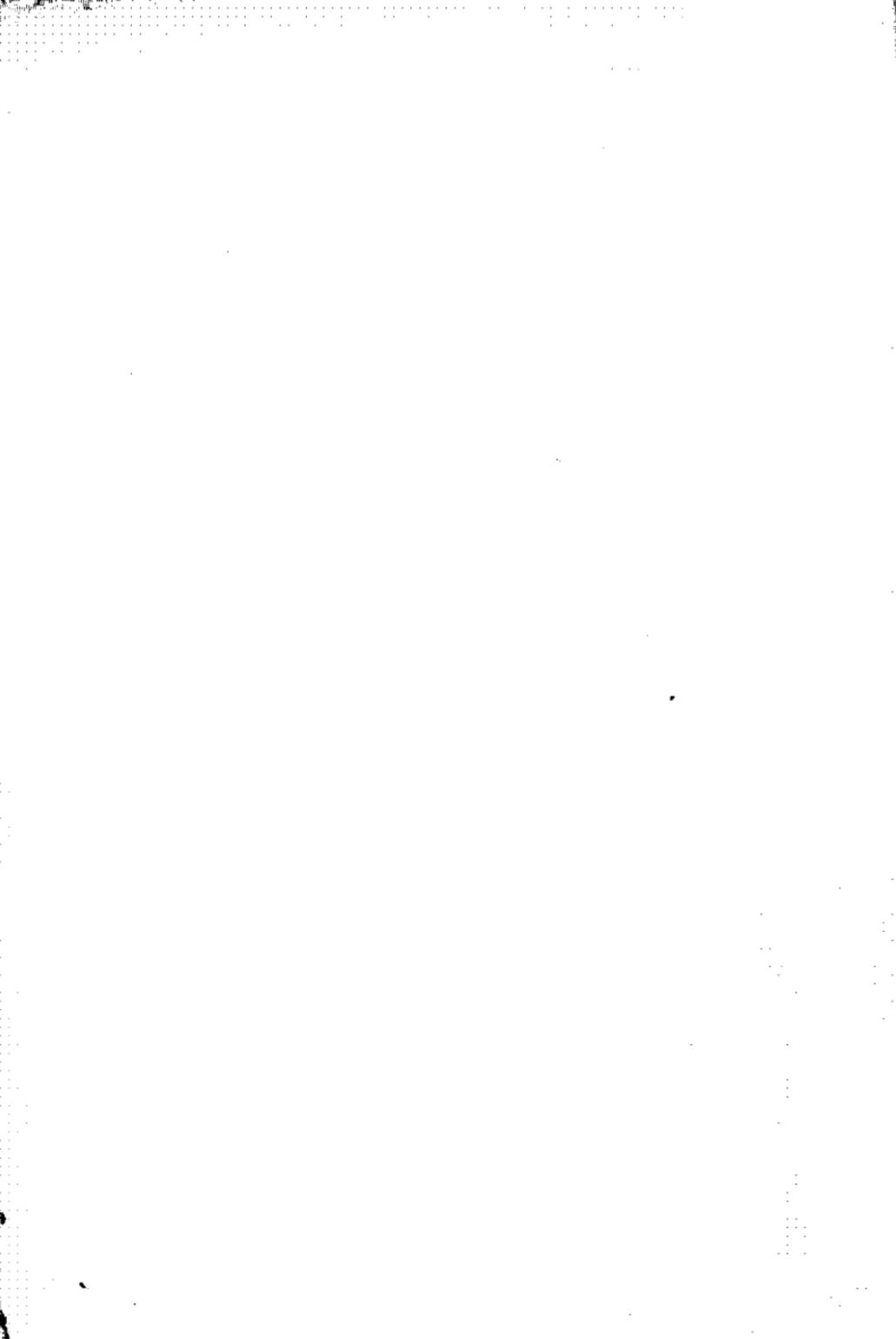


F. J. GARCÍA

50
ST.
C.

Francisco Villacastell
La leona de Castilla

62



R. 43.429

EL TEATRO

MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

LA LEONA DE CASTILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO



PIENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María de Pacheco.....	<i>Sra. Guerrero.</i>
Don Pedro Perez de Guzmán ..	<i>Sr. Diaz de Mendoza (F.)</i>
Don Juan de Padilla.....	<i>" Diaz de Mendoza y Guerrero (F.)</i>
El Arcediano.....	<i>" Corina.</i>
Sosa.....	<i>" Juste.</i>
Lope de Sanabria.....	<i>" Civera.</i>
Marqués de Villena.....	<i>" Guerrero.</i>
Ramiro.....	<i>" Vargas.</i>
Ludovico de Chavres.....	<i>" Medrano.</i>
Un Ballestero.....	<i>" Urquijo.</i>
Don Sencho.....	<i>" Dafauce.</i>
Don Garcia.....	<i>" Urquijo.</i>

Damas, pajes, escuderos, séquitos de imperiales, comuneros, gentes de armas, nobles, pueblo, etc.

DEDICATORIA

*A Fernando Díaz de Mendoza
y Guerrero, como recuerdo
de su primer triunfo escé-
nico.*

VILLALPESCA.

ACTO PRIMERO

Salón del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sillal tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de ballequino.

Al fondo un enorme arco que da a la explanada de las almenas, y a ambos lados, en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santiago.

Arcones, escabeles, sillones cortales. Vampas tapices penden de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda arlesonada.

Por el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo.

Es media tarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

ESCENA I

Doña María de Pacheco y el Marqués de Villena.

(Conversando cerca de la primera puerta de la izquierda. El Balletero, con la ballesta al hombro, vigilante, en las almenas del fondo.)

MARIA. *(Respondiendo al ceremonioso saludo del Marqués.)*

¡Señor Marqués de Villena!

VILLE. ¡Noble sobrina!...

MARIA. ¿A qué debo
que vuestra presencia honre

- esta torre de Toledo?
 ¿Qué buscáis en mi morada?
- VILLE. Sobrina, la paz del reino,
 perturbada por los bandos
 de esos locos comuneros,
 que rebeldes a su rey
 estas tierras han revuelto
 con motines y algaradas,
 más propias de bandoleros
 que de nobles hijosdalgos...
- MARIA. *(Atajándole con severidad.)*
 ¡Hablad de ellos con respeto,
 que al combate les conduce
 Juan de Padilla, mi dueño;
 y si a su rey son traidores,
 son leales a su pueblo!
- VILLE. *(Contrariado.)*
 ¡Comprendo, doña Maria,
 que no vamos a entendernos
 cuando comenzáis hablando
 un lenguaje tan soberbio!
*(Pequeña pausa. Se acerca a ella cambiando de
 tono, con la voz insinuante.)*
 ¡Pensad que soy sangre vuestra,
 y en vuestro provecho vengo!
 Y ¿qué queréis?
- MARIA. Vos podéis
 poner a estas luchas término
 devolviéndole a Castilla
 la paz que perdió hace tiempo.
- MARIA. Mas, ¿cómo? Decid, Villena...
- VILLE. ¿Cómo ha de ser?... ¡Persuadiendo
 a vuestro esposo a que deje
 los peligros de ese puesto,
 que sólo han de conducirle
 al cadalso o al destierro!
 ¡Que se depongan las armas!
 Mas vos, antes, dad ejemplo,
 entregando al Rey las llaves
 de la ciudad de Toledo,
 que rendida la cabeza

MARIA. ya se irá rindiendo el resto.
(*Sin poder refrenar su indignación.*)

¿Y cómo vos, un Villena,
la mejor sangre del reino,
tal infamia me aconseja?
(*Villena va a hablar.*)

¡Callad, que escuchar no quiero
de labios que son tan nobles
tan infamantes consejos!

¿Queréis que la paz renazca?

¡Pues aconsejad primero
a Carlos, que de Castilla
cumpla y respete los fueros,
pues mientras no los respete
por Rey no le acataremos!

VILLE. ¡Pensando así, a la ruina
de Castilla vais derechos!

MARIA. (*Con altivez.*)

¡Antes que vivir esclavos,
Marqués, libres moriremos!

(*Pequeña pausa.*)

VILLE. (*Persuasivo.*)

Será inútil sacrificio .

¿Qué conseguiréis con eso?

¡Que se derrame más sangre
cuando tan poca tenemos!

¡Que haya más campos estériles
teniendo ya tantos vermos!

Escuchad, Cercada estáis
por el más brillante ejército
que en sus limpidos cristales
las aguas del Tajo vieron.

No esperéis ningún socorro,
que nadie puede traéroslo;

y será más duro el trato
cuanto dure más el cerco.

Recibid al emisario
de Adriano con respeto,

y la ciudad entregadle;
que si la entregáis, prometo
que habrá perdón para todos

- y se olvidarán los yerros...
 ¡Y si precisáis rehenes,
 yo mismo en rehén me ofrezco!
- MARIA. *(Con firmeza.)*
 ¡No atiendo vuestras razones,
 que nosotros no queremos
 más perdón ni más rehenes
 que nuestros antiguos fueros!
 ¡Y en tanto no queden salvos,
 no se rendirá Toledo!
- VII.L.E.
 MARIA. ¡Sois firme!
 ¡Soy castellana!
 ¡Y lo mismo que el acero
 que en nuestras forjas se tempa,
 ni me curvo, ni me quiebro!
- VII.L.E. *(Disponiéndose a salir.)*
 ¡Reflexionad lo que os digo!
 Yo al campo imperial regreso.
 Vendré con los emisarios,
 y para entonces, espero,
 que después de meditados
 atenderéis mis consejos.
(Saluda cortésmente.)
 ¡Que el Señor os ilumine!
- MARIA. *(Acompañándole hasta la primera puerta de la izquierda.)*
 ¡Que a vos os alumbré el cielo!
(Salen, mientras aparecen por la explanada don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.)

ESCENA II

Don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.

- (Se detiene cautelosamente en el centro de la escena, como espionando la salida de doña María.)*
- JUAN. *(Con volubilidad infantil.)*
 Ya se fué mi madre
 Hasta la escalera

acompaña al noble
Marqués de Villena.
¡Ven acá, buen Lope,
que antes que ella vuelva
tengo que decirte
algo en voz muy queda!
(Bajando la voz con malicia infantil.)

LOPE. ¿Cómo anda la bolsa?
(Mostrándola.)

Como siempre: vedla.
Desde que Castilla
se tornó flamenca,
al Rey no conozco
ni por la moneda.

JUAN. Te daré, buen Lope,
un doblón, si defas
que al potro morcillo
monte a la jineta,
y quiebre una lanza
en la Plaza nueva.
¡Verás con qué garbo
le corro la espuela!
¡Cómo se encabrita,
como corvetea,
y lo paro en firme,
e inmóvil se queda,
igual que esos nobles
corceles de piedra
que ornan los sepulcros
de la Santa Iglesia!
¡Tengo ya unas ganas
que mi padre vuelva,
para ver, si viéndome
cabalgar, me lleva
con lanza y escudo,
con él, a la guerra!
¿Dejarás que monte?
¿Aceptas mi oferta?

LOPE. Mas si vuestra madre
de aquesto se entera,
hará que me empalen...

- JUAN. ¡Cabalgar no os dejai!
¡Mi madre ha creído
que yo soy de cera
y voy a fundirme
si la luz me besa!
*(Voiviéndose de nuevo a Lope, en voz baja y
suplicante.)*
- LOPE. ¿Harás lo que pido?
¡Veiga la moneda,
y en el patio aguardo!
*(Don Juan saca un doblón de la escarcela y se
lo entrega a Lope, el cual, con desconfianza,
observa si suena la moneda.)*
- JUAN. Mas ¿por qué la suenas?
LOPE. *(Con sacarronería.)*
¡No vaya a ser falsa,
pues siendo fianencia!...
*(Reparando en la presencia de doña María en
la puerta primera de la izquierda.)*
¡Cállad!... Vuestra madre
hacia aquí se acerca.
*(Besa cómicamente la moneda, y al ándola en-
tre el pulgar y el índice sobre su frente, lo es-
conde después a hurtadillas.)*
¡Sálvicos Dios,
ducado de dos,
que Monsieur de Chavres
no topó con vos!
(Intenta escapar por el fondo.)

ESCENA III

*Dichos y Doña María de Padillo, que penetra por la iz-
quierda.*

- MARIA. Lope, avísale a los demás.
(Lope sale por el foro.)
- JUAN. *(Comienza al encuentro de su madre.)*
¡Dios os guarde, madre mía!
- MARIA. ¿Dónde habéis estado, hijo?

JUAN. De oración en la capilla,
pidiéndole a Dios el triunfo
de las armas de Castilla.
*(Viendo aparecer por la explanada a las da-
mas.)*

Aquí se acercan las damas.
*(Las damas se inclinan ante doña María, per-
manecen inmóviles, agrupadas, bajo el arco del
centro, como esperando órdenes.)*

MARIA. Preparad vendas e hilas.
*(Las damas extraen de los grandes arcones
lienzos y telas, y se disponen a empezar la ta-
rea, sentadas en escabeles, y formando dos
grupos animados a ambos lados del arco cen-
tral. Doña María de Pacheco, en el sillón seño-
rial, comienza a deshilar un rico velo de seda,
mientras don Juan de Padilla la contempla
tiernamente, postrado a sus plantas, en un pe-
queño escabel cubierto de ricos cojines. Por la
explanada del fondo pasea, vigilante, con el ar-
ma al hombro, el Ballestero.)*

ESCENA IV

*Doña María de Pacheco, don Juan de Padilla, damas y
el Ballestero.*

*(Pequeña pausa, durante la cual sólo se oye
el crujir de la seda entre los dedos femeni-
les.)*

JUAN. *(Rompiendo impetuosamente el silencio.)*
¿Por qué, por qué, madre mía,
ante el altar de San Pedro,
con las armas de mi padre
no me armasteis caballero,
para lidiar por Castilla
con las huestes de Toledo?
Al son de las roncadas trompas
todos a la lid parieron,
mientras que yo, en este estrado,

con vuestras damas me quedo,
 para sostener un huso
 o abrir un libro de rezos,
 cuando mejor sostuviera
 en el combate, un acero.
 ¡Dejadme, madre, que parta
 donde me impulsa mi anhelo:
 a triunfar por vuestras leyes
 o morir por nuestros fueros,
 que los que son bien nacidos
 sólo viven combatiendo!

MARIA. *(Mirando con orgullo maternal a su hijo. ¡acariciándole la revuelta melena.)*

¡Modera tus fieros ímpetus,
 que para todo habrá tiempo!
 Cachorríco de león,
 las garras aun no os crecieron,
 ¡y ya rugís de impaciencia
 por que os deje, libre y suelto,
 sacudir vuestras melenas
 en las luchas del desierto!
 ¡Aguilucho que aún no tiene
 alas firmes para el vuelo,
 debe vivir en el nido
 bajo el amparo materno!

JUAN. *(Lastimado por las palabras de su madre.)*

¿Pensáis que valor me falta?

MARIA.

Rapaz, ¿cómo he de creerlo
 siendo sangre de Padilla
 y a más mi sangre teniendo,
 que es cual tener en las venas
 en lugar de sangre, fuego?
 ¡Cómo he de pensar que pueda
 conocer siquiera el miedo
 quien se nutrió en mis entrañas
 y se alimentó en mi seno!

(Dulcificando la voz, en un arranque de ternura.)

¡Pero aún el bozo, hijo mío,
 sobre tus labios no ha puesto
 las sombras de la naciente

- virilidad de su vello!
- JUAN. *(Alzándose fieramente.)*
 ¡Porque imberbe me veáis
 no os moféis de mi denuedo,
 que si tengo imberbe el labio,
 tengo ya barbado el pecho!
- MARIA. *(Atrayéndole de nuevo a su lado.)*
 ¡Cuando en estas duras guerras
 que esforzados sostenemos
 no queden hombres que liden
 por la libertad del reino,
 entónces, antes que unernos
 al yugo del extranjero,
 los niños y las mujeres
 por Castilla moriremos!
 ¡Y yo seré la primera,
 cuando llegue ese momento,
 que ciña a tu sien el casco
 y entregue a tu mano el hierro,
 que antes que tu vida, es
 la libertad de tu pueblo!
 Mas en tanto que tu padre
 y sus bravos comuneros
 se arman, combaten y triunfan
 por nuestros gloriosos fueros,
*(Abrazándole con ternura con la voz trémula
 de lágrimas.)*
 ¡Para qué exponer tu vida,
 si sabes que si la pierdo
 habrán perdido mis ojos
 todas las luces del cielo!
*(Permanecen un instante abrazados. De súbito
 resuena, bajo las almenas, el clamor de las
 trompas de guerra. Todos atienden al estruen-
 do, cada vez más cercano.)*
 ¿Pero qué algazara es ésa?
*(El Ballestero se inclina a mirar desde las al-
 menas.)*
- BALLES. *(En voz alta.)*
 En la falda de ese cerro,
 junto a la margen del río,

escaramuzan los nuestros.

(Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspensa la labor.)

JUAN.

(Desde las almenas.)

Contemplad, señora madre,
aquel gentil caballero,
que a los nuestros atremete
cabalgando un potro negro
y armado de punta en blanco
como si fuese a un torneo.

(Doña María de Pucheco se acerca a las almenas, y, apoyada en la columna del arco central, contempla el campo. Las damas abandonan su tarea, y también, bajo el arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate.)

¡Mirad con qué bizarria,
con qué juvenil denuedo,
al empuje de su brazo
se abre paso entre los nuestros!

¡La visera echada trae;
penacho azul sobre el yelmo,
armiños sobre el escudo
y una banda roja al pecho!

(Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.)

Nuestras gentes retroceden
— ¡cobardes!—hacia Toledo,
pues cada golpe de lanza
un hombre derriba al suelo.
Todos huyen a su paso...

(Dando un grito terrible y cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Maldición! ¡El caballero
les ha quitado el glorioso
pendón de los comuneros,
y con el toro a su campo
flotando su gloria al viento!

(Viendo al Ballestero inmóvil con la ballesta al hombro, y arrojándose con fiereza.)

¿Para qué sirve en tus manos
la ballesta, Ballestero?

(La tiende en un gesto heroico, entre el hueco de las almenas, disponiéndose a disparar.)

MARIA. *(Corriendo a su lado.)*

¿Qué haces, hijo?

JUAN. *(Sin oír la voz materna, grita no le al caballero.)*

¡Por Castilla!

¡Por Castilla y por sus fueros!

(Dispara la ballesta. Momento de ansiedad, en el que sólo se escucha el palpitir de todos los corazones. Don Juan se vuelve a su madre con el rostro desencajado y los ojos ilameantes de juror.)

¡La ballesta no hizo blanco;

y a los pies del caballero,

estremecida de rabia,

clavada quedó en el suelo!

¡Malhayan la suerte mía

y el débil brazo que tengo!

(Vuelve a observar arrojando violentamente la ballesta.)

¡Al caballero ve, madre!

¡Su potro ha parado en seco,

y alzándose en los estribos,

aquí mira en son de reto,

igual que si se mofara

de mis brazos inexpertos!

(Golpeándose fieramente las sienes.)

¡Malhaya quien erró el golpe!

MARIA. *(Toma la ballesta y se vuelve al Ballestero.)*

¡Verás como yo no yerro!

¡Presto, presto, otra ballesta!

(El Ballestero se la da. Doña María apoya el arma en el hueco de las almenas gritando con voz de trueno.)

¡Por Padilla y por Toledo!

(Todos se agolpan al dispero, y un grito de júbilo los estremece.)

JUAN. *(Como un ebrio.)*

¡Bravo golpe!... ¡La ballesta se le ha clavado en el pecho,

y del arzón se desploma,
malherido, el caballero!
*(Volviéndose hacia su madre y cubriéndole las
manos de besos.)*

¡Benditas, madre, esas manos
que prodigio tal hicieron!
(Se vuelve de nuevo hacia las damas.)
Los nuestros tornan... Lo alzan,
y entre cuatro, prisionero,
por la puerta de esta torre
lo conducen a Toledo.

MARIA. *(Al Ballestero.)*

Que le suban a esta estancia
mis gentes, sin perder tiempo,
que aquí curarán mis manos
la misma herida que abrieron.
(Sale el Ballestero por la explanada.)

¡Doncellas de mi linaje,
en el más rico aposento
de este alcázar soberano
id y preparad su lecho!...
Para vendar sus heridas
rasgad vuestros propios velos,
que honor que hacemos a un huésped
nos lo centuplica el cielo.
*(Las damas se marchan por la segunda puer-
ta de la izquierda. Doña María se aproxima al
Cristo de la hornacina y le besa piadosamente
las llagas de las plantas.)*

ESCENA V

Todos menos el Ballestero.

JUAN. *(Acercándose a su madre)*
¡Bendita seas, madre;
pues gracias a vuestro esfuerzo,
los imperiales no hallaron
la bandera de Toledo!

MARIA ¡Id, hijo, que de mi sangre

sois el único renuevo,
a ofrecer al enemigo
rendido, vuestros respetos!
¡Y que todas nuestras gentes,
damas, pajes y escuderos,
le rindan sus homenajes;
que aunque es nuestro prisionero,
por su valor bien merece
honores y atamientos!

JUAN. ¡Descuidad, señora madre,
que recibirle sabremos
y honrarle como merece
su nobleza y su denuedo,
pues los que llevan mi nombre
siempre son y siempre fueran
con el vencido, corteses,
con el vencedor, soberbios!
*(Se inclina, y besando respetuosamente las manos
de su madre, sale por la primera puerta de la
izquierda.)*

ESCENA VI

Doña María, sola

MARIA. *(Clavando los ojos en el Cristo de la horna-
cina.)*

¡Gracias!... ¡Toda mi existencia,
Señor, desde este momento
como víctima expiatoria
la sacrifico a mi pueblo!
¡Señor, Señor, no abandones
a esta raza de leones
que por todas partes fué,
en vos fija la mirada,
difundiendo vuestra fe
y esparciendo vuestra luz,
en una mano la espada
y en la otra mano la cruz!
¡Castilla, matrona hurada

que ante nadie se ha rendido,
 que eres como regio nido
 de aguachos, escondido
 en el corazón de España!
 ¡Castilla, madre Castilla,
 tierra de orgullo y fiereza;
 indomable fortaleza
 con fervores de capilla,
 donde el pueblo, mientras reza,
 de tu santo altar, al pie,
 afila la espada que
 en su ambicionar profundo
 quiere conquistar el mundo
 para imponerle su fe;
 y para que desplegado
 ondule sobre la tierra,
 por los vientos agitado,
 el crepúsculo morado
 de tu estandarte de guerra!...
 ¡Presta a los hijos, Señor,
 de los padres el vigor,
 para poder defender
 la libertad de Castilla!
 Y si vencida se humilla
 ¡dale a esta débil mujer
 fortaleza en su sufrir
 para poderla vengar!...
 ¡Alientos para matar
 o valor para morir!
(Aparecen en la primera puerta de la izquierda don Juan de Padilla, seguido de pajes y escuderos que sostienen a don Pedro de Guzmán.)

ESCENA VII

*Doña María de Pacheco, don Juan de Padilla, don Pedro
 Pérez de Guzmán, ballesteros, pajes y escuderos*

JUAN. *(A su madre.)*
 ¡Aquí tenéis al herido!



(Penetra don Pedro Pérez de Guzmán, sostenido por cuatro escuderos, con el mano y el pie ensangrentados. Un paje le conduce el yelmo y el escudo.)

PEDRO. *(La tel a una alta, se desprende de los que le sostienen, y haciendo un violento esfuerzo, se levanta ante ella.)*

¡Al renuncio prisionero,
renair, señora, ne querido
a vuestras plantas ne acero;
porque suo ¡vive Dios!
renda pudiera su brio
un acero como el mio
a una dama como vos!...

(Le tira paños y cortésmente la espada.)

MARIA. *(Levantando la espada.)*

¡Guan que con un bravura
comatú en esta jornada,
bien mercede que la espada
le cina yo a la cintura!

(Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesarosa de su olvido.)

Mas vuestra herida...

PEDRO. ¡Derecho

el ástij, señora, fué
a clavársame en el pecho!...
¡Y no es extraño, porque
queriendo en su compasión
dar fin a mis agonias,
todas las heridas mías
van buscando el corazón!

MARIA. Vuestro nombre...

PEDRO. *(Condolido, con la voz desfalleciente.)*

¡Vano afán!

¿Tan duro cambio he sufrido
que no habéis reconocido
a don Pedro de Guzmán?

(Alza la frente y contempla con fijeza a doña María.)

MARIA. *(Profundamente conmovida por la sorpresa.)*

¿Como imaginar que a veros
fuera así, quien desde aquesta
torre, con una vainesta
os miro sin conoceros!

PEDRO. *(Haciendo un esfuerzo inaudito para sostenerse de pie, como si las fuerzas le abandonaran por momentos.)*

¿Cómo dudar, ¡ay de mí,
que cauda la visera
la tosía desconocera
quien no lle cubre así?...
Y en mi desesperación
como he de extrañar que fuese
vuestro dardo el que me hiriese
tan cerca del corazón,
si siempre, desde los días
de nuestra hmez, lejanos,
todas las heridas más
las abrieron vuestras manos!

(Se desplomó desmayado sobre un sitial. Los pajes y los escuderos acuden a sostenerle.)

MARIA. *(A los mayos, indicándoles la segunda puerta de la izquierda.)*

¡Presto, las gentes, llevadle
a la cámara de honor;
curad su herida y tratadle
igual que a vuestro señor!

(Con pajes y los escuderos se llevan al herido por la segunda puerta de la izquierda. Doña María permanece un instante apoyada en el marid del salón señorial, ensimismada y triste, como si un augurio presentimiento entenebreciera su alma.)

ESCENA VII

Doña María de Pacheco y don Juan de Padilla.

JUAN. *(Mirando por la puerta)*
¿Dónde estás?

MARIA. *(Desde el col)*

Juntos, como dos hermanos,
 en los encantados carmenes
 de la Añamora nos criamos.

JUAN. *(Conmovido por la tristeza de la voz materna, la estrecha entre sus brazos.)*

¿Mas ¿que os pasa, madre mia?

¿Por que temblais en mis brazos?

(Alza carinosamente la frente de su madre, y le contempla los ojos bañados en llanto.)

Pero ¿que tenéis?... Decime,

¿que pena os causa ese llanto

que de vuestros ojos rueda

hasta escandarme los riños?

(La osea los ojos. Dona Maria se alza como agobiada por un presagio funesto.)

MARIA. *(Lentamente.)*

Pienso en todos los peligros

de los que estan guerreando;

en que en las someras, la Muerte

ahña y lanza sus dardos,

y alguno alcanzar pudiera

a tu padre...

JUAN. Sin cuidados

por mi padre estad, señora;

que el hierro mejor templado

y mas firme, de pátura

santará, roto en pedazos,

antes de herir, macer. hññ,

un corazón tan bizarro.

Mas si vencido cayese...

MARIA. *(Con fereza.)*

¿Vencido decís?... ¡Callaos,

que el suponerle vencido

es tanto como ultrajarlo,

pues siempre fue la victoria

cautiva de su caballo!

Y en Medina, en Talavera

sus férreos cascos hollaron

de las huestes imperiales

el pendón ensangrentado.

MARIA. Nadie en la suerte comie,

- porque el Destino, voltario,
 más pronto abate y derrumba
 lo que levantó más alto.
- JUAN. ¡Pues ciñeme una armadura,
 pon un acero en mi mano,
 que si él peligra en la liza,
 yo quiero estar a su lado,
 para si triunfa, abrazarle,
 y si es vencido, vengarlo!
(Volviendo a abrazar a su madre.)
 Mas, enjugad esas lágrimas
 que al contemplaros llorando,
 ¡vive Dios! que a mis pupias
 se agolpa también el llanto.
- MARIA. ¡Al cielo gracias le doy
 porque, piadoso, me ha dado
 un hijo que honra a su padre,
 con valer su padre tanto!
(Quedan un momento abrazados.)

ESCENA IX

Díchos y Lope de Sanabria.

- LOPE. *(Desde la primera puerta de la izquierda.)*
 Vuestro asentimiento esperan
 para entrar los enviados
 que del campo imperial manda
 el Cardenal Adriano.
- MARIA. *(Procurando dominar su emoción.)*
 Condúcelos a esta estancia...
(Lope se inclina y sale. Doña Maria se esfuerza en ocultar las huellas de su emoción.)
 ¡Animo, corazón, ánimo!
 ¡Altevez, alza la frente!
 ¡Orgullo, seca mi llanto,
 que a las damas que Castilla
 sangre y fortaleza ha dado,
 no deben mirarlas nunca
 sus enemigos llorando!

(Se rehace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos escuderos, aparecen los legados imperiales, Ludovico de Chevres y el Marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los imperiales traen cruces blancas sobre los mientos, y los comuneros una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el Collar del Toisón de Oro.)

ESCENA X

Dichos: Ludovico de Chevres, el Marqués de Villena, séquito de imperiales, pajes, escuderos y gente de armas.

LUDOV. *(Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante doña María.)*

¡En nombre del Cardenal
Adriano, mi señor,
que es por el Emperador,
Gobernador general
de estos reinos, os concedo
gracia, si antes de tres días
cesáis vuestras rebeldías
y nos entregáis Toledo!

MARIA. *(Rompiendo con acento seguro la expectación general.)*

Vuestra intimación es vana
y es vano vuestro rigor,
que en la tierra castellana
no manda el Emperador.
En este pueblo leal
nadie acatará su ley.

LUDOV. ¡También de Castilla es Rey
quien ciña el manto imperial!

MARIA. ¡Mas, para los comuneros

que, con su soberbia humilla,
 no es Monarca de Castilla
 quien no respeta sus fueros:
 porque aquí no toleramos
 que los reyes nos den leyes,
 sino que acatan los reyes
 las que nosotros les damos!
 Le juramos nuestro Rey
 en las Cortes...

VILLE.

MARIA.

Y él juró
 también cumplir nuestra ley.
 ¡Y ved cómo la cumplió!
 ¡Dando en este reino entrada,
 contra todos nuestros fueros,
 a esa Corte desalmada
 de ambiciosos extranjeros
 que, como botín de guerra,
 nuestro honor escarneciendo,
 aún se siguen repartiendo
 las riquezas de esta tierra!
 Y no tan sólo el Monarca
 nuestra libertad destruye,
 sino que en Coruña embarca,
 como pirata que huye
 en las sombras del misterio
 para ocultar su tesoro,
 ¡a comprar con nuestro oro
 la púrpura del Imperio!

(Volviéndose a Villna.)

¿Quién habló de juramentos?
 ¡Si él al viento lanzó el suyo,
 también nuestro fiero orgullo
 el suyo lanza a los vientos!
 ¡Y hoy este pueblo bravo
 no acata más que a su ley,
 pues viendo el trazo vacío
 a sí mismo se entregó. ¡Ay!
 Vuestra perdón pedíamos
 que a nuestras leyes, leales
 nuestras vidas ajustemos.
 ¡Volved con los imperiales!

y decid que esta ciudad
dispuesta está a perecer
primero que esclava ver
de nuevo su libertad;
porque antes de sufrir
las afrentas de un tirano,
sabe el pueblo castellano,
honrado y libre morir!

(Un murmullo de aprobación recorre las filas de los comuneros. Doña María de Pacheco les impone silencio con un noble gesto.)

LUDOV. *(Con insolencia.)*
¡Pagaréis vuestra imprudencia!
¡Y puesto que no queréis
rendiros, del Rey, clemencia,
toledanos, no esperéis!
¡Despreciasteis su piedad;
y ahora, del Emperador,
el justiciero rigor
llorará vuestra ciudad!
Su mensaje habéis oído;
y os declaro, en nombre de él,
que a nadie dará cuartel.

MARIA. *(Fieramente.)*
Y ¿quién cuartel ha pedido?
(Se oye un rumor confuso del pueblo que se acerca. Los imperiales echan mano a sus espadas. Todos los rostros reflejan la más profunda ansiedad.)

VIII E.
MÁS QUÉ PASA?

MARIA. Esos rumores.

JUAN. *(Asomándose al ventanal.)*
Aullando, de rabia ciega,
la plebe al alcázar llega,
dando al aire sus clamores.
Y entre todos, el primero,
traspasado de dolor,
viene Sosa, el escudero
de mi madre y tu señor.

(Todos se vuelven hacia la explanada de las almenas por donde se acerca el tumulto. Por el

arco del fondo peneira Sosa, pálido, polvoroso y jadeante, seguido de hombres y mujeres que gritan y gesticulan. Los balusteros detienen a un poco bajo el arco central.)

ESCENA XI

Dichos, Sosa y gente del pabellón.

- SOSA.** *(Cayendo de rodillas a los pies de doña María.)*
 ¡Señora, tembld de espanto!
(Todos le cercan.)
- MARIA.** Di ¿qué pasa?... ¡Habla, por Dios!
- SOSA.** *(Estallando en sollozos.)*
 ¡ved cómo corre mi llanto!
 ¡Comprended el resto voz!
- MARIA.** *(Dando un grito supremo de ansiedad.)*
 ¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?
(Sosa no se atreve a hablar. Doña María se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.)
 ¡Lengua de plomo! ¿hablarás?
- SOSA.** *(Balbuciendo de emoción.)*
 ¡En Villalar ha caído
 para no alzarse jamás!
(Un grito de dolor estremece las filas de los comuneros.)
- MARIA.** ¡Ha muerto!
(Doña María rompe en sollozos, vacila y se abraza estrechamente a su hijo.)
 ¡Pobre hijo mío!
- JUAN.** *(Severamente, señalando a los imperiales, que habrán permanecido agrupados en actitud expectante, cerca de la puerta primera de la izquierda.)*
 ¡Vuestra afección nos humilla!
 Señora, ¿ónde está el hijo
 de la mujer de Padilla?
- MARIA.** *(Orgullosa del arranque filial, alándose terrible y recta como una amenaza.)*

- MARIA.** *(Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.)*
 ¡Ay, castellanos, llorad,
 que el hacha que lo ha inmolado,
 también ha decapitado
 nuestra antigua libertad!
(Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.)
- SOSA.** ¡Hasta la enemiga suerte
 a sus pies cayó rendida
 que si heroica fué en vida
 más heroica fué su muerte!
 La envidia calló su encono;
 como quien fué sucumbió,
 ¡y hasta el cadalso subió
 como si escalase un trono!
 Al llegar su última hora
 me dió este pliego...
(Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a doña María.)
 ¡Mirad,
 y en él hallaréis, señora,
 su postrera voluntad!
- MARIA.** *(Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.)*
 “¡Por bienaventurado me tuviera,
 bendiciendo lo amargo de mi suerte,
 si el corazón, señora, no sintiera
 mucho más vuestra pena que mi muerte!
 ¡Aunque de muchos ha de ser plañida,
 esta muerte de tal modo me ha honrado,
 que bendigo al Señor, que así me ha dado,
 brindándome tal muerte, tanta vida!
 Yo quisiera tener más tiempo para
 escribíros palabras de consuelo,
 mas aun que me lo dieran, lo rehúso
 que va la palma del martirio anublo.
 ¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,
 porque es mi muerte, esposa, tan honrada,
 que en una eterna vida se convierte

y no debe por nadie ser llorada!
 Mi alma, pues nada más tengo que daros,
 la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,
 haced con ella cuanto os plazca, ahora,
 que si mucho os amó, más ha de amaros!
 No puedo proseguir... A vuestro asombro
 ¡qué de cosas tan íntimas dijera...!
 Mas ya el verdugo, con el hacha al hombro,
 en el dintel de la prisión espera...
 ¡Aquí hago punto, porque el vulgo osado
 no piense, en su voraz maledicencia,
 que he alargado esta carta demasiado
 para alargar con ella mi existencia!
 ¡Adiós, señora, adiós...! En otra orilla
 nuestro amor hallará nuevo remanso...
 ¡Y aquí quedo, esperando la cuchilla
 de vuestra soledad y mi descanso!
(Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas sollozan.)

VILLE. *(Adelantándose hacia doña María, sinceramente afectado por su dolor.)*

Yo también, doña María,
 lloro vuestro duelo ahora,
 que no en balde sois, señora,
 sangre de la sangre mía.
 Para evitar nuevos males
 y amenguar vuestro sufrir,
 doblegaos y rendir
 Toledo a los imperiales.

MARIA. *(Alzándose sobre todos, como entapecida de dolor y de ira.)*

¿Qué dice...? ¿Oís, toledanos,
 sin afrentaros, tal mengua,
 y con vuestras propias manos
 no le arrancasteis la lengua
 como ejemplo miserable
 de ignominia y de baldón,
 para el labio que nos hable
 siquiera de rendición?
 ¿Habrá algún alma en Castilla

que ose de paces hablar,
y no muera por vengar
la memoria de Padilla?
El bajo el hacha cayo
por defender nuestra ley...
¡Guerra juremos al rey
que en verugo se truce!

*(Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina,
y colocando las manos sobre la frente de su
hijo.)*

¡Yo, colocando las manos
en la frente de su hijo,
con el pensamiento ligo
en su sombra, toledanos:
por la Santa Cruz erguida
en el solitario altar,
aun a costa de mi vida,
su muerte juro vengar!
(Dirigiéndose a los comuneros.)
¿Jurais vosotros?

VOCES.

¡Juramos!
(Todos juran sobre sus espadas.)

SOSA.

¡Vengarza para Padilla!

MARIA.

(Volviéndose a los imperiales.)

¡Ved la respuesta que os damos,
carceleros de Castilla!

¡Tornad al campo a decir
a vuestro Gobernador,
que nunca se ha rendir
Toledo al Emperador!

Y dad gracias a la suerte,
que para vengar su muerte
y volveros mal por mal,
desgarrados, a pedrazos,
no os arrojo, a bombardazos,
al campamento imperial.

*(Los comuneros intentan atacar a los imperiales,
pero doña María de Pacheco se interpone,
deteniéndolos con un soberbio ademán.)*

SOSA.

Toledo, regia matrona,
¿qué vas a hacer sin Padilla?

- LOPE. ¡Murió el león de Castilla!
 MARIA. ¡Pero aun queda su leona,
 que ahogado en su aflicción
 la garra cara y cruce,
 sabrá morir como el
 o vengar a su león!
- VILLE. *(Disponiéndose a salir, a doña María.)*
 ¡De nuestros labios reniego!
- LUDOV. *(A doña María.)*
 ¡Jamás esperéis favor!
*(Doña María les señala a los imperiales la
 puerta. Estos van desquitando.)*
- MARIA.
 SOSA. ¡Guerra, guerra a sangre y fuego!
*(A los condeiros, señalándoles el grupo que
 forman doña María y su hijo.)*
 ¡Respetemos su dolor!
(Todos se inclinan y van saliendo por la explanada del fondo. Entretanto doña María permanece serena, apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las lámparas se hace más intensa.)

ESCENA ULTIMA

Doña María de Pacheco y Don Juan de Padilla.

- JUAN. *(Al verse solo, alzando fieramente la cabeza y
 extendiendo el brazo.)*
 ¡Venganza, padre!
*(Viendo la actitud dolorosa de su madre, que
 al verse sola no puede refrenar su emoción.)*
 ¡Señora!
 ¡Quién lo había de pensar!
(Estalla en sollozos.)
- MARIA. *(Estrechándole contra su seno en un llanto
 convulsivo.)*
 ¡Sí, hijo mío...! ¡Ahora llora,
 que ya podemos llorar!
(Los dos, sollozando caen de rodillas al pie del

Cristo. Se abrazan estrechamente, ahogados en sollozos, mientras desciende poco a poco el telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lamparas de la botacalle y algunas antorchas encendidas en los muros.

ESCENA I

Sosa, el Arcediano, el Baliletero y soldados.

(Al alzarse el telón, Sosa conversa con los soldados bajo el arco del fondo.)

SOSA. Asegurad el portillo
y viglad las almenas,
no vayan los imperiales,
amparados por las nicolas,
a conseguir por la astucia
lo que no logran por fuerza.

(Salen los soldados por la explanada de las almenas. Sosa se vuelve al centro de la escena.)

ARCED. ¡Duro es el cerco!

SOSA. ¡Y tan duro,
que si Dios no lo remedia
nara a Volante famosa
si ya famosa no nara!
¡Ha seis meses que los muros
expugnan, intentan y atacan
las huestes más numerosas
que acompañar el Rey verá
entre los huertos y arroyos
de sus fértiles riberas!

BALLES. ¿Y no nos vendrán socorros?

- SOSA. ¡Solo de la Providencia,
que desde que, traicionados
de Villalar en las cienagas,
al pie de los imperiales,
cayeron nuestras banderas,
las ciudades de Castilla,
ya por grado, ya por fuerza,
una a una, fueron todas
raudiendo sus toralezas. El
Tan solo, ativa, Toledo
a los imperiales retala...
¡y será hore Castilla
mientras Toledo no muera!
- ARCED. *(Lamentante, con profunda intencion, como pa-
ra escuchar los pensamientos de Sosa.)*
Mas ya su valor decae,
que la peste anda recuelta
porque la peste y el hambre
hacen mas estrago en ella,
que cañones y bombazas
en sus cimientos de piedra.
- SOSA. La peste no tiene culpa,
sino los que la aconsejan,
los que, cual Judas, la venden
y en oro su sangre traecan.
Mas ¡ay! si cona Maria
de esas magas se entera,
na de hacer tal escarniento
que asombro del mundo sea.
- ARCED. *(Mirando fijamente a Sosa.)*
¡Ella causa estos disturbios,
porque a Toledo averguenza
que una mujer la gobierne,
cual si en su seno no hubiera
claros varones capaces
de regirle en esta empresa!
¡Para los hombres, la espada;
para la mujer, la ruca!...
- SOSA. *(Amenazante.)*
¿Qué osáis decir?
- ARCED. *(Cambuyendo de tono y en son de disculpa.)*

¡Lo que dicen
a veces en las plazuelas...!
Repito lo que murmuran,
que yo he dado tales pruebas
de lealtad a tu señora,
que echen toda sospecha.
Y, ¿por mi patrón Santiago
que mi lealtad no me pesa,
porque en Castilla no hay hombre
que en valor y en entereza,
en tan graves circunstancias
pueda competir con ella!

SOSA.

(Con entusiasmo.)

¡Donde el peñazo es más grande,
donde es más dura la brega,
allí su pecho indefenso
a las espadas presenta,
piadosa como una santa
y activa como una reina!
¡Toda el alma de Castilla,
brava, indómita y soberbia,
parece que en los arcanos
de su corazón encierra!
¡Para sustentar la plebe
y proseguir estas guerras,
malbarató sus tesoros,
las vajillas de su mesa,
las sortijas de sus dedos
y los collares de perlas,
de diamantes y topacios
que sobre sus senos eran
como aljófara de rocío
brillando entre rosas frescas!

(Resucian las ánimas. Todos se santiguan.)

ARCED.

Mas, escucha — ya las ánimas
en la Catedral resucian.
¡Ve y avisa a tu señora
que tengo que hablar con ella!

SOSA.

Tendrás que aguardar un poco,
porque rezando en la iglesia
de Santo Tomás se halla,

con sus pajes y sus dueñas.
(Se inclina, besa la mano al Arcediano y sale por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II

El Arcediano y el Ballestero.

ARCED. *(Acercándose cautelosamente al Ballestero, después de haber escuadrado con la vista la estancia.)*

¿A qué don Pedro de Guzmán
 inciste sacar tu encargo?

BALLES. *(A media voz señalando la segunda puerta de la izquierda.)*

Y está, señor, vuestro aviso
 en esa estancia esperando.

ARCED. ¿Cómo sigue de su herida?

BALLES. Gracias a tantos cuidados
 como en servirle y honrarle
 la Pacheco ha prodigado,
 tan bueno está, que hoy a Sosa,
 con tener tan firme el brazo
 y esgrimir con gran maestría,
 de un golpe le ha desarmado.

ARCED. Pues avisale, Rodrigo.
 Y en tanto que con él hablo,
 vigila, no nos sorprendan;
 que es tan importante el caso,
 que una indiscreción podría
 conducirnos al cadalso.

BALLES. ¡Mandad a vuestro albedrío,
 que en mí tenéis un esclavo!

ARCED. No te pesará servirme.
 Si de estas revueltas salgo
 Arzobispo de Toledo
 como me ofreció don Carlos,
 ya premiaré tus servicios
 y te haré subir tan alto,

que ha de ser el Ballestero
 envidia de los hidalgos.

(El Ballestero entra en la segunda puerta de la izquierda y al momento aparece en el dintel don Pedro Pérez de Guzmán. El caballero avanza lentamente, y mientras el Arcediano se inclina para saludarle, el Ballestero sale y se va a ocupar su puesto en las almenas.)

ESCENA III

Don Pedro Pérez de Guzmán, el Arcediano, Ballestero.

ARCED. *(Saludando.)*

¡Don Pedro, al cielo bendigo,
 porque la ocasión me ha dado
 de admirar y conocer
 al caballero, dechado
 de lealtad, cuyo renombre
 la fama va pregonando
 para que eterno perdure
 en el bronce y en el mármol!

PEDRO. *(Inclinándose cortésmente.)*

¿Qué tenéis que platicarme
 cuando con tanto recato
 me llamáis?

ARCED. Tengo, don Pedro,
 que entregar a vuestras manos
 este pliego que os envía
 el Cardenal Adriano.

(Sa. a un pliego del seno y se lo entrega.)
 Leedle, y después de leerle,
 como es natural, rasgadlo.

PEDRO *(Después de leer el pliego a la luz de la lámpara de la hornacina.)*

Aquí el Cardenal me ordena
 que en servicio de Don Carlos,
 nuestro Rey, que el cielo guarde,
 acate vuestros mandatos.

(Rasga el pliego y después se vuelve y contempla fijamente al Arcediano.)

¿Quién sois, cuando así me obligan
a serviros y acataros,
siendo tan noble mi sangre
y mi linaje tan alto,
que mis mayores tuvieron
reyes moros por vasallos?

ARCED. *(Humildemente.)*

Señor, de la Santa Iglesia
Catedral, soy Arcediano,
y aunque entre rebeldes vivo
y por comunero paso,
no puedo olvidar que al Rey
mi juramento he prestado;
¡que olvidar sus juramentos
no es digno de un buen cristiano!

A los imperiales sirvo
y por su causa trabajo,
promoviendo entre la plebe
algaradas y rebatos,
y sembrando la discordia
entre jefes y soldados.
¿Que le falta pan al pueblo?
Pues el motivo es bien claro...
Por medio de mis secuaces
correr las voces yo hago
que es culpa de la Pacheco,
que a bajo precio ha comprado
todo el trigo de Castilla
para venderlo más caro.

¿Que alguno muere de peste?
¡Pues es un castigo santo
que a Toledo Dios envía
por haberse rebelado
contra su señor, y andar
con los franceses en tratos
para entregarles el reino
que a los infieles ganamos...!
Y así, todo se revuelve...
Y espero que si su amparo

como hasta aquí, no me niega
nuestro buen patrón Santiago,
muy en breve, entre repiques
de campanas, y entre aplausos,
en nuestra sagrada Sede
veréis entrar, bajo palio,
por la puerta del Perdón
al Cardenal Adriano.

PEDRO. ¿Pero no teméis que antes,
de vuestro juego enterados,
os hagan los comuneros,
reverencia, más pedazos
que padre nuestros habéis
en este mundo rezado?

ARCED. ¡Antes de poner, don Pedro,
en entredicho mis actos
dudarán de Juan Padilla,
con haber Padilla dado
en pro de los comuneros
la cabeza en el cadalso,
que yo sé tirar la piedra
y esconder después la mano!

PEDRO. ¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCED. A veras, señor, debajo
de la piel de un corderillo
hay un león disfrazado.

PEDRO. Mas ¿en qué puedo servirlos?

ARCED. Decid, señor Arcediano,

A entregar estoy dispuesto,
la ciudad. Mas para el caso
necesito del concurso
de un capitán esforzado
que al frente nuestro se ponga.

Y en vos, don Pedro, he pensado!

PEDRO. Mas, ved que estoy prisionero.

ARCED. *(¿Conde maliciosamente.)*
¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro
está más libre en el aire
que vos en este palacio!

PEDRO. ¡Es cierto. Mas mi palabra
me tiene más obligado.

que a todo buen caballero
 si estima su honor en algo,
 le pesan más sus palabras
 que los grillos más pesados!

ARCED. Mas, suponed que estáis libre...

PEDRO. ¿Qué voy a hacer?

ARCED. Yo me encargo

de que se alborote el pueblo,
 y cuando esté alborotado,
 del Emperador en nombre,
 de Toledo apoderaos,
 encerrando a la Pacheco
 presa en su propio palacio.

PEDRO. *(Sin poder reprimir su indignación.)*

¡Callad, callad tal vileza!
 ¿Mi honor descendió tan bajo
 que a ser me autoriza dueño
 de quien debo ser esclavo?

¡En defensa de mi Rey
 ya con mi sangre he regado
 las áureas playas de Nápoles
 y los campos castellanos,
 y España entera conoce
 la pujanza de mi brazo!

¡Mas, cometer tal infamia
 no puede quien ha heredado
 la lealtad de los Guzmanes,
 y ostenta sobre su manto
 como una herida gloriosa
 la roja cruz de Santiago!

ARCED. *(Insinuante.)*

Nuevas riquezas y honores
 el Rey pudiera brindaros.

PEDRO. *(Con altivez.)*

¡Todo el oro de la tierra
 no vale lo que yo valgo;
 ni en el mundo honor existe
 ni tan grande ni tan alto
 como el que me da el escudo
 que aquí, sobre el pecho, traigo!

ARCED. *(Dejando caer con intención las palabras.)*

- ¡Bien se conoce que andáis
de la dama enamorado!
- PEDRO. *(Herido en lo más hondo y vivo de su alma.)*
¿Qué decís?
- ARCED. *(Retrocediendo rastreramente ante la actitud violenta de don Pedro, y queriendo dar a sus palabras un tono ambiguo de choza y de ironía.)*

- ¡Murmuraciones
y cuentos del populacho...!
- ¡Yo nunca les presté crédito,
porque nunca he sospechado
que al par se pudiera ser
carcelero y apresado!
- PEDRO. *(Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar la ira que le enciende.)*
¡Vive Dios, que si no fuera
por respeto de esos hábitos,
castigara la osadía
de vuestra lengua, mi mano!
¡Y dadle gracias al cielo,
que no es poco lo que hago,
al olvidar lo que he oído
sin haberos castigado!
(Le vuelve despectivamente la espalda, y sale por la segunda puerta de la izquierda. El Arcediano le sigue con la vista, inmóvil en el centro de la escena, sin atreverse a dar un paso.)

ESCENA IV

El Arcediano, solo

- ARCED. *(Después de desaparecer don Pedro.)*
¡Mal fino!... ¡En su corazón
mi ballesta no hizo blanco!
(Sapientemente torcermente.)
¡Mas sé el punto vulnerable
donde dirigir mis dardos,
y ¡vive Dios! que he de verla

rodar a mis pies sangrando!
*(Se queda de pronto inmóvil, con el entrecejo
 arrugado, como si madurase un plan. Después
 alza triunfalmente la cabeza, y una siniestra
 alegría centellea en él.)*

No ha sido inútil la escena,
 por que mi plan he trazado,
 y no hay nada que destruya
 los planes que yo me trazo.
 ¡De esta vez, doña María,
 vuestro honor cayó en mis manos,
 y de ellas no ha de salir
 sino deshecho a pedazos,
 para que a Castilla entera
 sirva de mofa y escarnio!
 ¡Qué pronto sobre la plata
 de estos mis cabellos blancos,
 que con su oro y sus gemas
 encanecieron soñando,
 de la mitra arzobispal
 habrá de lucir el fasto!

*(Mirando hacia la primera puerta de la iz-
 quierda.)*

Mas aquí llega la dama
 ¡Ocultad, buen Arcediano,
 bajo plumas de paloma
 vuestras garras de milano!

*(Vuelve a adquirir su expresión beatífica, mien-
 tras por la primera puerta de la izquierda apa-
 recen doña María y don Juan de Padilla, pre-
 cedidos de dos pajes con antorchas y acompa-
 ñados de Sosa, Lope, damas, pajes y escu-
 deros.)*

ESCENA V

*Doña María de Pacheco, el Arcediano, Don Juan de Pa-
 dilla, Sosa, Lope, damas, pajes y escuderos.*

ARCED. *(Inclinándose humildemente ante doña María.)*
 ¡Que el cielo guarde, señora,
 y alargue vuestra existencia!

- MARIA. ¿A qué debo, en esta hora,
que honréis con vuestra presencia,
Arcediano, mi mansión?
- ARCED. Hablaros, señora, quiero...
- MARIA. Hablad, pues... Pero primero
¡dadme vuestra bendición!
*(El Arcediano la bendice; después, a una invasi-
ción de doña María, se sienta en el primer
término de la derecha. Las donas lo hacen so-
bre los arcones del fondo. Sosa, los pajes y los
escuderos permanecen de pie bajo el arco que
da a las almenas mientras don Juan conversa
en voz baja con Lope en el ángulo de la iz-
quierda.)*
- ARCED. ¡Es serio y grave el asunto!
- MARIA. ¡Vuestra actitud me sorprende!
¿Tan grave es?
- ARCED. Hasta el punto
que de él Toledo depende.
- MARIA. *(Con ansiedad.)*
Mas, ¿qué es ello?
- ARCED. En puridad,
que el pueblo se va cansando
de luchar, y anda pensando
en entregar la ciudad.
- MARIA. *(En un ímpetu irrefrenable de ira, clavando sus
ojos en los del Arcediano.)*
¡Y habrá quien a tal se atreva...!
¡Y quien a decirlo acuda
a quien por Toledo lleva
estas tocas de viuda!
- ARCED. *(Queriendo tranquilizarla.)*
Estadid la situación
con calma y si así lo hacéis,
señora, comprenderéis
que el pueblo tiene razón,
pues en seis meses de asedios
de dura y tanar batalla
agotó todas las medidas
y hambriento y pobre se halla
- MARIA. ¡Tan veleidosa ha de ser

la plebe, que habrá ¡Dios mio!
de olvidar hoy lo que ayer
defendió con tanto brío,
para rendir la ciudad
a las plantas del tirano,
bajo cuya férrea mano
murió nuestra libertad !
¡No es posible ! ¡Yo no puedo
dar crédito a lo que oí,
que antes de rendir Toledo
tendrán que rendirme a mí!

ARCED. Su propia miseria abona
del pueblo las veleidades,
porque el hambre no razona
de fueros ni libertades.

MARIA. *(En un arranque de indomable fiera.)*
¿Y vos osaréis también
defender su cobardía?

ARCED. *(Con humildad.)*
Perdonad, doña María,
si no me he explicado bien.
Mi franqueza no os irrite.
No hablo yo... Mi voz ha sido
el eco fiel que repite
lo que a los demás ha oído.
Yo soy vuestro amigo viejo,
y siempre, señora, ha estado
en las juntas del Concejo
mi lealtad a vuestro lado.
Y hoy esa misma lealtad,
de cuya virtud dudáis,
aquí me impulsa a que oigáis
por mis labios la verdad.
Hay que mirar cara a cara
lo crítico de la hora,
y encontrar recursos, para
que no se rinda, señora,
Toledo a los imperiales.

MARIA. En su defensa he gastado
hacienda, renta y condados;
y en sus manos he dejado

mis derechos de alcabales.
 ¡Y ahora, mi hijo y yo, nos vemos
 sin más joyas ni más galas
 que las que puestas tenemos!

ARCED. En cambio, más de un señor
 hay, cuyo lujo se atreve
 a insultar con su esplendor
 las miserias de la plebe.

(Pequeña pausa. Doña María permanece un instante pensativa, con la cabeza entre las manos.)

Todo lo tengo pensado,
 y hay medios.

MARIA. Para calmar
 la agitación popular,

¿qué medios habéis hallado?

ARCED. Hay uno, según yo creo.

MARIA. *(Alzando de nuevo la cabeza con profunda ansiedad.)*

¿Cuál es?

ARCED. *(Sin dar importancia a lo que dice.)*

Pues dar rienda suelta

a la popular revuelta
 para que acabe en saqueo.

MARIA. *(Alzándose fieramente.)*

¿Qué os atrevéis a decir?

¡En cobardes bandoleros

así queréis convertir

a mis bravos comuneros!

¿Vos, un siervo del Señor,

tal me aconsejáis ahora?

ARCED. *(Tranquilamente.)*

Entre dos males, señora,
 se elige siempre el menor.

Con calma vos medidad

en el problema que es éste:

de una parte, la ciudad

invadida por la peste

y por el hambre acosada.

De otra parte, esos señores

que, indecisos o traidores,

ni nos sirven ni dan nada.

Yo en tal problema no veo
ni encuentro más solución
que rendirnos o el saqueo...

¡A vos dejo la elección!
(Después de honda lucha interior.)

¡Grave asunto!

ARCED. ¡Si lo es!

Y por ello os aconsejo
que lo penséis, y después
resolváis en el Concejo.

(Con voz insinuante.)

Aceptad mi solución,
y con ella a un tiempo dad
un ejemplo a la ciudad
y al pueblo satisfacción.

(Inclinándose cortésmente.)

Dadme a besar vuestra mano.

Me voy...

MARIA. Con el cielo id.

(Volviéndose a los suyos.)

¡Honrad a nuestro Arcediano!

ARCED. ¡Mi bendición recibid!

(La bendice, y sale precedido de pajes con antorchas, y seguido de Sosa, Lope, damas y escuderos. Don Juan y doña María le acompañan hasta la puerta.)

ESCENA VI

Doña María de Pacheco y don Juan de Padilla.

MARIA. *(Reparando en la actitud fiera y sombría de su hijo y acercándose a él.)*

¿Qué honda desesperación
devora tu corazón?

¿Y al aullido de qué hiena
se ha encrespado tu melena,
cachorrico de león?

¿Qué angustia dura y fatal
cortó tu vuelo triunfal,

aguilucho castellano,
 más libre y más soberano
 que el aguilucho imperial?
 ¿Quién mueve a tu dicha guerra?

JUAN. ¿En qué piensas, hijo mío?
 (*Con acento duro y la faz sombría.*)

¡En que es inútil el brio
 que en mi corazón se encierra;
 y en que nada, en esta tierra
 que su orgullo me prestó,
 más desdichado nació,
 cuando aún existen, madre,
 los verdugos de mi padre
 viviendo en el mundo yo!
 ¡Cuando su memoria evoco
 y su triste fin recuerdo,
 la rabia me vuelve loco,
 y de coraje me muerdo
 puños que valen tan poco,
 que, incapaces de elevar
 en el combate la lanza,
 aún no tuvieron pujanza
 para aturdir y espantar
 al mundo con su venganza!

MARIA. (*Atrayéndole.*)

¡Esperanza de Castilla,
 entre mis brazos humilla
 la altivez de tu quebranto!
 ¡Ven, y verás cómo brilla
 mi sonrisa entre mi llanto!
 ¡Pensando en lo que en ti fio,
 y en aquel amor sagrado
 que tan pronto, por ser mío,
 cubierto en sangre ha finado,
 a la par lloro y sonrío!
 Acércame más a mí,
 y da a mis labios la miel
 de tus besos, porque si
 mis llantos son para él,
 mi sonrisa es para ti.

(*Estrechándolo contra su corazón.*)

¡Si en sus brazos aprisiona
esta frente altiva y liera
que la juventud corona,
se convierte la leona
en una blanca cordera!
(Acariciando su frente.)
¡Tus bucles acariciando
poco a poco, su fiereza
va en ternura transformando,
que siempre rugiendo empieza
para terminar llorando!
(Estalla en llanto.)

JUAN. *(Desprendiéndose de los brazos maternos.)*

¡No lloréis más, por favor,
porque el llanto de dolor
que por vuestra faz desciende,
en vez de apagar, enciende,
aviva más mi furor!
En vez de tanto gemir,
dadme un escudo, una lanza,
algo con que pueda herir,
y dejadme al campo ir
a realizar mi venganza;
que si no logro vengar
la sangre de vuestro esposo,
seré indigno de llevar
el apellido glorioso
del héroe de Villalar.

MARIA. *(Estremecida de espanto.)*

¿Qué dices, hijo, qué dices?
¡Dejarme sola, don Juan,
como un árbol sin raíces,
en medio del huracán...!
En la lucha fratricida,
¿cómo consentir podré
que expongas también tu vida?
¡Castilla está bien servida!
¡Le di mi esposo...! ¡Que pida
mi sangre, y se la dará...!
¡Todo por ella perdí...!
Sólo perderte no quiero.

¡Tú no...! ¿Qué me importa a mí
que se pierda el reino entero
con tal de tenerte a ti?

(Reparando de pronto en el Cristo de la hornacina.)

Aquí, a tu padre, guardar
juré tu vida...

JUAN. *(Con intrépida fiereza.)*

¡Y el hijo

al pie de este mismo altar
y ante el mismo Crucifijo,
su muerte juró vengar!

MARIA. ¡Aquí una madre, de pie,
ante el pueblo que la oyó,
guardar tu vida juró!

JUAN. ¡Ante el mismo pueblo, yo
vengar mi padre juré!

MARIA. *(En un arranque de desesperación, estallando
en sollozos y echándole los brazos al cuello.)*

¡Pues da mi pena al olvido;
ve y ármate caballero,
y espoleando tu overo,
cumple lo que has prometido;
más ¡ay! con el mismo acero
con que vengues, denodado,
las afrentas de tu padre,
antes habrás traspasado
el corazón de tu madre!

*(Quedan un instante abrazados al pie de la
hornacina. Por la puerta de la izquierda, del
primer término, aparecen Sosa y Lope, que se
delicuen en el umbral de la puerta, profunda-
mente emocionados.)*

ESCENA VII

Dichos, Sosa y Lope.

SOSA. *(Contemplándolos desde el dintel, y detenien-
do a Lope.)*

¡Si mi señor desde el cielo
 los pudiese contemplar,
 las lágrimas de sus ojos
 iban a formar un mar!
*(Al rumor de los pasos, don Juan se desprende
 de los brazos maternos.)*

MARIA. *(Volviéndose, sorprendida, y haciendo un terrible esfuerzo para serenarse.)*
 ¿Quién es?

SOSA. Soy yo, mi señora.
(Inclinándose.)

MARIA. *(Con la voz aún conmovida, queriendo alejarlo de su lado.)*

Ve a tu cámara, que allá,
 del estudio de Toledo
 tenemos largo que hablar.
(Volviéndose a su hijo.)

Ahí's, mi hijo, y olvida
 tus penas, porque ya habrá
 tiempo para tu venganza
 y para todo lugar.
 Recógete pronto al lecho,
 que es hora de reposar.

JUAN. *(Inclinándose.)*

Vuestra bendición, mi madre.

MARIA. ¡Que Dios te ampare, don Juan!
(Sale con Sosa por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

Don Juan de Padilla y Lope.

JUAN. *(Misteriosamente, después de haber acompañado a su madre hasta la puerta, y observando un momento desde el umbral.)*

LOPE. Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE. Señor, ensillado está,
 rebuchando de impaciencia
 el pie de ese ventanal.

JUAN. ¿Y las armas?

LOPE.

En el patio,

bruñidas y prontas ya.

JUAN.

Mas los guardias del portillo...

LOPE.

¡Por esos tranquilo estas,
que conozco el santo y seña
y nos dejarán pasar!
Mas si sabe vuestra madre
la andanza...

JUAN.

¡La ignorará
hasta que vuelva trauntante
su adiva frente a besar!
¡Desde que supe que andaba
Juan de Ulloa en el real
de las huestes imperiales,
mi corazón no halla paz,
que la venganza y el odio
no le dejan reposar!
En vano busco en la noche
un lecho y un cabezal,
pues apenas llega el sueño
mis párpados a besar,
cuando la paterna sombra
surge de la oscuridad
y murmura en mis oídos
con voz que me hace temblar:
"¡Aquel que al sueño se rinde
sin sus agravios vengar,
no es digno de tener sangre
del héroe de Villalar!
¿No ves esta cuchillada
roja, que cruza, don Juan,
como rúbrica infamante,
de parte a parte mi faz?
¡La mano de Juan de Ulloa
abrimela, cuando ya
derruido del caballo
en medio de un cenagal,
destrozado el yelmo y rota
la lanza de alancear,
mi espada y mi guante había
rendido al bando imperial!"

Y yo a la sombra paterna,
para que repose en paz,
la mano que le ultrajara
he jurado cercenar...
¡Y lo que el labio ha jurado
mi brazo lo cumplirá!

LOPE. Mas ved que vos sois un niño
y el de Ulloa es hombre tal,
que goza en Castilla fama
de esforzado capitán.

JUAN. ¡Cuanto mas fuerte el contrario,
mayor el triunfo será!

LOPE. ¡Moriréis en la comienda!...

JUAN. ¡Manchado mi honor está,
y si no logro la mancha
que io desahista borrar,
mi propia existencia, Lope,
será una ignominia más!...

Descuélgame aquesa espada...

*(Señalando a una que hay en la panoplia que
adorna como un ex voto la hornacina.)*

LOPE. *(Descolgándola.)*

¡Tanto pesa, que será
un milagro que la puedan
vuestras manos sustentar!

JUAN. *(Empuñando el acero.)*

¡Tocémos, a los gritos
de ¡Santiago y Libertad!,
el hijo de Juan Padilla
a su padre va a vengar!

(Mirando a la puerta por donde salió su madre.)

¡Descansa en tu lecho, madre,
que mañana, al despertar,
la mano que te ha ultrajado
verás a tus pies sangrar!

(Arrodiliándose ante el Cristo.)

¡Señor, bendice este brazo
que animoso va a vengar
a la sangre de Castilla
derramada en Villalar!

(Sale rápidamente por el foro, seguido de Lope. La escena queda un instante sola.)

ESCENA IX

*Doña María de Pucheco y Don Pedro Pérez de Guzmán.
Que aparecen conversando por la última puerta de la izquierda.)*

MARIA. *(Con solicitud.)*

¿Os causa dano vuestra herida?

PEDRO. ¿Como sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?
(Pequeña pausa.)

MARIA. *(Queriendo romper aquel silencio angustioso.)*
¡Gallardamente combatisteis!

PEDRO. ¿Y como no lidiar gallardo
el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?
*(Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus
corazones.)*

MARIA. *(Como recordando.)*
Cuando en la Alhambra, entre las flores
de regios cármenes jugábamos,
¡ay! ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,
como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

PEDRO. *(Vivamente, con acento doloroso.)*
¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedo mi espíritu apresado?

MARIA. *(Pequeña pausa de evocación y de quietud.)*
¿Os acordáis? ¡Un mediodía
jugando solos en el Patio
que llaman de los Arroyanos,
queriendo yo espantar un pajarito
que desgranaba sus canciones

entre las flores de un naranjo,
 con una piedra, sin quererlo,
 herí de pronto vuestros labios!...
 ¡Después desde estos almenares,
 sin que pudiera sospecharlo,
 con el astil de una sacta
 bañe de sangre vuestro manto!...

PEDRO. ¡Sin querer, todas mis heridas
 las abren siempre vuestras manos!

MARIA. ¡Mas recordad también que ellas
 las que os abrieron os cerraron!...

PEDRO. *(Con todo el fuego de su pasión desesperada.)*
 ¡Pero hay, señora, acaso alguna
 que en mi interior esta sangrando,
 y esa cerrarla no han podido
 vuestras piedad ni los años!
 ¡La misma Muerte no la cura,
 pues como sangra en lo más santo
 del alma y es el alma eterna,
 poder no tiene para tanto!

MARIA. *(Severamente.)*
 ¡Herida es esa, caballero,
 para la cual no existen bálsamos!
 ¡Rogad a Dios que os los conceda,
 porque Dios solo puede dároslos!

PEDRO. *(Después de un corto silencio, bajando triste-
 mente la cabeza, con la voz rota de emoción.)*
 ¿Para que hablasteis de Granada
 y de las horas que pasamos
 juntos sonando en los jarrines
 de aquel Alcázar encantado?
 ¿Por qué evocar al que de pronto
 ciego, señora, se ha quedado,
 la luz y el sol que en otros tiempos
 a sus pupilas deslumbraron?
(Acercándose más a ella.)
 ¿Os acordáis, doña María?
 Hace ya más de veinte años,
 y aún me parece que la escena
 están mis ojos contemplando...
 Tras larga ausencia, en la que anduvo

con las banderas de Gonzalo
 de Córdoba, por las feraces
 tierras de Italia, guerreando,
 lleno de gloria regresaba
 sobre su potro jerezano
 al paraíso de Granada
 un caballero enamorado...
 ¡Con qué placer sus ojos vieron,
 entre el incendio del ocaso,
 brillar las torres de la Alhambra
 sobre los cármenes del Darro!
 —¡Tras las moriscas celosías
 de un ajimez de oro y de mármol,
 me esperarán aquellos ojos
 que mis tinieblas alumbraron!...
 —dijo el doncel... Y de impaciencia
 y de ternura palpitando,
 hundió los férreos acicates
 en los ijares del caballo,
 que estremecido hasta las crines
 veloz, sorbiéndose el espacio,
 tendido entró por Puerta Elvira
 lanzando chispas bajo el casco.
 La gente al verle se decía:
 —¡Ved qué jinete tan bizarro!--
 Y él, orgulloso, murmuraba,
 la crin del potro acariciando:
 —¡Vuela corcel, que allá me esperan
 rotos en miel aquellos labios
 que por la cruz de aquesta espada
 amor entero me juraron!--
 Casi en la cuesta de Gomeles
 sintió el estruendo limpio y claro
 de las campanas de la Alhambra,
 que estaban todas repicando.
 ¿Por qué repican con tal brío? --
 dijo, su potro refrenando
 Y a quien repuso: --¿No cunde
 las novedades el judaigo?
 ¡La hija del Conde de Tentilla
 esta mañana se ha casado

con el más noble caballero
que en sus cristales miró el Tajo!—

¡Quiso estallarle la armadura;

quedóse mudo, inmóvil, pálido,

y por la noche de su alma

cruzó la sombra del espanto!

¡Y de Granada para siempre

salió, sintiendo entre sus labios

arder el fuego del infierno

en el acibar de su llanto!

(Bajando la voz y mirando fijamente a doña María.)

¿Conocéis vos, doña María,

a ese galán enamorado?

MARIA.

(Después de una breve pausa, alzando serenamente la frente y con la voz firme, aunque un poco emocionada.)

¡Aunque le conociera

y con el alma entera

sintiese su dolor, lo callaría;

que si hasta la nube más ligera

para empañar el sol del mediodía,

un recuerdo inocente,

la más leve sonrisa, una mirada

pueden también nublar eternamente

el límpido cristal de un alma honrada!

PEDRO.

(Protestando caballerescamente.)

¡Mi señora!...

MARIA

¡Olvidemos

aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado

y en nuestros corazones sepultemos

para siempre el recuerdo del pasado!

¡Recobrad vuestro temple valeroso

y trocad ese afecto que os humilla

por un amor más grande y generoso:

el amor infinito de Castilla!

¡De esa austera e indómita matrona

que predicando al oro sus desdenes,

ha forjado con hierro su corona

para que dure más sobre sus sienes!

Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva

como su propia tierra... ¡Y vedla ahora
 cual destronada emperatriz cautiva
 que entre sus hierros su grandeza llora!...
 ¡Contemplad destruidas sus ciudades,
 afrentado su honor, rotos sus fueros
 y holladas sus antiguas libertades
 por la planta de impuros extranjeros
 que, sedientos de honores y tesoros,
 tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,
 se entraron por las puertas de Castilla
 cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!
 De la opulenta y pródiga Medina
 del Campo, los escombros humeantes;
 de Burgos los suplicios infamantes;
 de tantos pueblos la sangrienta ruina;
 la gleba estéril, y el taller deshecho...
 Y tantas insolencias y desmanes,

¿cómo no han despertado en vuestro pecho
 el antiguo valor de los Guzmanes?

PEDRO. *(Enardecido por las palabras de doña María)*

¡Qué mal me conocéis, doña María!
 Si yo tuviese ahora

alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,
 que en contra de mi patria lucharía?

¡Castellano nací, y amo la tierra
 que regaron con sangre mis abuelos
 y de mis muertos la ceniza encierra;
 pero al campo enemigo, en esta guerra
 me arrastraron las ansias de mis celos!

Hubo un hombre en la tierra, a quien odinea
 con tan ciego furor, con sed tan loca,
 que para el frenesí que me abrasaba
 era la sangre de sus venas poca...

¡El con los comuneros militaba;
 y yo, para poder con más vehemencia
 saciar mis ciegos odios infernales,
 desovendo la voz de la conciencia,
 me alisté en las banderas niporales!

MARIA. *(Con gesto desesperado.)*

¡No pronunciad su nombre! ¡Os lo suplico
 mi corazón!

PEDRO. El odio se ha apagado...
 ¡Cuánto toca la Muerte, santifica,
 y hoy es su nombre para mi sagrado!
 ¡Vos fuisteis la culpable!... ¡Mas ahora
 que el odio se extinguió, brindaros quiero
 para seguir luchando, el fuerte acero
 que humilde rindo a vuestros pies, señora!
*(Rinde cortésmente la espada mientras estalla
 un clamor confuso bajo las almenas. Los dos
 vuelven bajo el arco a observar. La luz de la
 luna platea la noche.)*

ESCENA ULTIMA

Dichos, Sosa, Lope, damas, pajes y soldados.

MARIA. ¡Escuchad!

PEDRO. *(Observando desde las almenas.)*

En confusa gritería
 la soldadesca enfurecida corre
 hasta los altos muros de esta torre.

VOCES. *(Fuera.)*

¡Al arma!... ¡Al arma!
*(Aparece Lope en la explanada, seguido de
 Sosa y soldados.)*

PEDRO. ¡Ved!

LOPE. *(Gritando desde las almenas.)*

¡Doña Maria!
*(Penetra en la estancia. Doña Maria corre a
 su encuentro. La soldadesca se agolpa bajo el
 arco mientras las damas aparecen pálidas y
 asustadas en los umbrales de las puertas de la
 izquierda.)*

MARIA. ¡Perdonadme, señora!
 Dí, ¿qué tienes

que jadeante y demudado vienes?

LOPE. *(Con la vez ahogada por los sollozos, estre-
 chando las manos de doña Maria.)*

¡Perdonad el dolor con que os aflijo!
 Yo intenté a sus proyectos rebelarme...

- Mas él fué terco y consiguió arrastrarme.
 (Con profunda ansiedad.)
 Mas, ¿quién, di, te arrastró?
- LOPE. ¿Quién? ¡Vuestro hijo!
- MARIA. ¿Mi don Juan?
- LOPE. Animoso y altanero,
 a vengar a su padre y vuestro esposo
 al campo fué; mas al cruzar el foso,
 cayó en una emboscada prisionero!
 (Doña Maria lanza un grito y se cubre el rostro con las manos.)
 ¡Luchó como un león! ¡Si hubierais visto
 saltar al bravo empuje de su lanza,
 yelmo, cotas y escudos, ¡vive Cristo!,
 que os hubiese espantado su pujanza!
- MARIA. (Como si le desgarrasen las últimas fibras de las entrañas, tendiendo los brazos al cielo.)
 ¡Madre de Dios, divina nazarena,
 sólo el agudo diente de esta pena
 faltaba entre la angustia de mis riñes,
 y entre tantos dolores ulcerados,
 para también, cual Vos, llevar clavados
 sobre mi corazón, siete puñales!
 (De súbito se yergue, como poseída de un vértigo destructor, dirigiéndose a los soldados, que se agolpan bajo el arco del fondo.)
 ¡Dad a la noche un resplandor de aceros
 y volad a salvarle, comuneros
 que sois defensa y gloria de Castilla!
 (Sollozando de súbito, como si su corazón fuese a estallar.)
 ¡Atended los sollozos de una madre!
 ¿O dejaréis que el hijo de Padilla
 carga también como cayó su padre?
 (Su garganta se ha hinchado y todo su cuerpo se estremece de angustia. La súplica se hace lágrimas en sus ojos.)
 ¡Es mi hijo! — Por darle un solo beso,
 por escuchar su nombre nuevamente,
 por alisar los rizos de su frente
 y abrazarle otra vez... ¡Por todo eso,

pedid cuanto queráis!... ¡Mil arcas llenas
de oro, riquezas y poder sin cuento,
y la última sangre de mis venas
y el último suspiro de mi aliento!

PEDRO. *(Avanzando resueltamente, después de haber
arreatado de las manos del porta-enseñas el
pendón de los Comuneros.)*
¡Señora, a vuestros pies está mi suerte!
¡Y vengo, altivo, a reclamar la gloria,
de llevar esta enseña a la victoria,
o, entre sus pliegues, encontrar la muerte!
(Extendiendo el brazo hacia el altar.)
¡Por el glorioso escudo de mi banda,
por la fe de ese santo Crucifijo,
os juro libertar a vuestro hijo
o perder la existencia en la demanda!
Y si en la lucha ensangrentada muero,
moriré siempre fiel a este oriflama,
como debe morir un caballero:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi dama!
*(Se inclina ante doña Maria, y desaparece con
los soldados por la explanada, mientras la Pa-
checco se abraza, para no desplomarse, a la co-
lumna del arco del fondo, cercada de sus due-
ñas y damas.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo la famosa Puerta del Perdón. Al abrirse las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del Templo. A la izquierda, los soportales del Concejo, separados por una estrecha calleja de los fuertes muros de la Torre de la Catedral. A la derecha, en el primer término, los soportales de una hostería, y en el último, la desembocadura de una calle. En todo perdura ese aire grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empieza a amanecer.

ESCENA I

Sosa, Ramiro, Lope, soldado 1.º y soldados, conversando

SOSA. *(A Ramiro.)*

¡Dinos un nuevo romance!

RAMIR. ¡Venga vino y escuchad
el del hijo de Padilla!

(Dándole de beber.)

LOPE. ¡Viva Padilla!

(Los soldados gritan.)

RAMIR. *(Imponiendo silencio.)*

¡Callad,

y con atención oidme
porque voy a comenzar!

(Los soldados forman un corro en torno de Ramiro. Este, después de apurar la bota que le entregó el soldado primero, templea un viejo laúd y a sus sonos empieza a recitar.)

¡El hijo de Juan Padilla,
dentro de la Catedral,
por los Santos Evangelios
juró a su padre vengar!

¡Y armado de punta en blanco,
cabalgando en su alazán,
de Toledo se ha salido,
camino de Villalar!

Detrás de una celosía,

al contemplarle pasar,
 una doncella le dice,
 bañada en llanto la faz:
 —¿Dónde vas, Juan de Padilla,
 tan bizarro y tan galán,
 si apenas pueden tus manos
 la férrea lanza empuñar?—
 Y Padilla le responde:

—¡Mi padre voy a vengar
 porque de valor me sobra
 lo que me falta de edad!--
 —¡Vuélvete, Juan de Padilla,
 al regazo maternal,
 que son tantos los contrarios,
 que la muerte te han de dar!--

—¡Si en mi corazón la muerte
 su lanza logra astillar
 sabré morir como ha muerto
 el héroe de Villalar!--

Así Padilla responde;
 y su voz tiembla al hablar,
 que la rabia que le ahoga
 no le deja respirar.

Y espoleando su potro
 y dando suelta al rendal,
 entre una nube de polvo
 perdióse en un olivar...

¡Y los ojos de su madre
 no le han vuelto a contemplar,
 que herido por seis lanzadas,
 a los pies de su alazán,
 para pasto de los cuervos
 quedó en el campo imperial!

*(Momento de silenciosa emoción. Ramiro deja
 el laúd en manos de un soldado.)*

LOPE.

¡Pobre madre! ¡De su pena
 los cielos tengan piedad!

SOSA.

¡Con las tocas desgarradas,
 deshecha en llanto la faz,
 como la Virgen María
 en el Jueves Santo, va

- preguntando por su hijo
de puerta en puerta; y es tal
la amargura de su acento
y la angustia de su afán,
que ningún labio se atreve
a decirle la verdad!
- RAMIR. ¿Y no lograsteis, buen Sosa,
el cadáver rescatar?
- SOSA. ¡En vano al campo salimos
con don Pedro de Guzmán,
el más noble caballero
y más bravo capitán
que los campos de Castilla
han sentido cabalgar;
y en vano, rotos los cercos
del campamento imperial,
nuestros brazos se cansaron
de herir y de acuchillar,
que sin él, tintos en sangre,
tuvimos que regresar,
para aplacar los tumultos
que devoran la ciudad!
- LOPE. ¡Pues yo pienso que la plebe
razón tuvo, al saquear
los palacios de esos nobles
que derrochan su caudal
en licenciosos festines,
mientras el pueblo, sin pan,
va sembrando de cadáveres
las calles de la ciudad!...
- RAMIR. ¡La misma doña María
la razón al pueblo da!
¡Pues dar la razón al pueblo
es lo mismo que entregar
Toledo a los moriscales,
que los nobles no querrán
ayudarla, y con su ayuda,
Toledo se rendirá!
- LOPE. Ya no hay nobles... De Castilla,
la nobleza, ¿dónde está
cuando así deja que muera

nuestra antigua libertad?

RAMIR. Dime, y el pueblo, ¿que ha hecho
por defenderla? ¡Robar
a mansaiva en las ciudades,
y en las batallas tirar
las armas, para huir delante
del ejército imperial!

LOPE. ¿Quién al par que al pueblo, osa
esta canas ultrajar?

RAMIR. ¡Quién lleva al cinto esta espada!

LOPE. ¡Pues desnúdala, y veras
cómo esa espada en tus manos
su acero trueca en cristal!
*(Tiran de las espadas. Al ir a acometerse se
interpone Sosa.)*

SOSA. *(Con energía.)*

¿Acaso los enemigos
alzaron el cerco ya,
cuando vuestra propia sangre
así queréis derramar?

LOPE. ¡Presto, al cinto los aceros!
(Tornando la espada al cinto.)

¡Hágase tu voluntad,
ya que de doña María
ostentas la autoridad,
y desacatarte fuera
su poder desacatar!

(Todos lo imitan.)

SOSA. ¡Comuneros, para siempre
las rencillas olvidad,
y por esas esculturas
que adornan la Catedral,
*(Señalando las que ornán la fachada del tem-
plo.)*

jurad sólo por Castilla
vuestra sangre derramar!
(Todos extienden las espadas y juran.)

LOPE. ¡Todos contigo juramos!

SOSA. ¡Lope, vete a vigilar
con tus gentes a Toledo,
que aun cuando tranquilo está,

pueden voiyer las revueltas;
 pues la plebe es como el mar,
 y basta el soplo del viento
 para volverla a encrespar!
*(Lope, seguido de los soldados, desaparece por
 la calle de la izquierda, mientras que por los
 soportales del Concejo aparece el Arcediano.)*

ESCENA II

Arcediano, Sosa y Ramiro.

- SOSA. *(Incaminándose.)*
 ¡Salud, señor Arcediano!
- ARCED. ¡Buen Sosa, el cielo os proteja!
 ¿Y tu señora?
- SOSA. Rezando
 con sus damas en la iglesia.
- ARCED. *(Sonriendo.)*
 ¡Bien resultó la jugada!
- SOSA. A mi, Arcediano, me pesa,
 que prestar alas y alientos
 a la popular licencia,
 es cual si a un barril de pólvora
 se le aplicase una mecha.
 ¡Mirad lo que ha sucedido!
 ¡Aún los escombros humean
 de tanta rica morada,
 de tanta noble vivienda
 como después del saqueo
 la plebe tiró por tierra,
 a leales y a traidores
 tratando de igual manera,
 que los ojos no distinguen
 cuando la rabia los ciega!
- ARCED. ¡Fue justicia de la plebe!
- SOSA. Mas la plebe siempre trueca
 en puñales las espadas
 y las antorchas en teas,
 que en el robo y el pillaje

sus instintos se despiertan,
y ¡ay de quien despierte, osado,
los instintos de la fiera!
¡Hoy, después de tanta ruina,
Toledo está más revuelta,
porque nobles y villanos
las armas con furia aprestan,
para vengar sus ultrajes
y castigar sus afrentas!

ARCED. ¡Si el consejo salió malo,
la intención ha sido buena!
¡Mas el remedio de ahora,
que Dios me lo tome en cuenta,
si no da la paz al pueblo
atanzando la nobleza!

SOSA. Mas temo...

ARCED. ¡Vanos escrúpulos
que asaltan vuestra conciencia!
¿De qué le sirven, buen sosa,
al Cabildo sus riquezas?
Cristo nació en un pescbre
y practicó la pobreza...
¡Su vida es espejo donde
debe mirarse su Iglesia!

SOSA. Mas si el Cabildo a entregarnos
esos tesoros se nega...

ARCED. ¡Si no los dieran de grado,
los tomaremos por fuerza!

SOSA. Mas, ¿será doña María
capaz de hacer tal ofensa
a la religión?

ARCED. ¡Buen sosa,
poned freno a vuestra lengua!
Yo mismo le he aconsejado
tomar esa providencia.
¿Y cómo, siendo quien soy,
y sabiendo quién es ella,
tal acción le aconsejara
si justa no la creyera?
¡Si hay delito en mi consejo,
en mí recaiga la pena!

SOSA. ¡Perdón, señor Arcediano!
Y si vos me dais licencia
voy a congrega'r mi tropa,
porque la hora se acerca
del Concejo, y es prudente
prevenirse por si hubiera
algún disturbio.

ARCED. ¡Que el cielo
os saque en bien de esta empresa!
(Sosa se va por la izquierda. Ramiro se aproxima al Arcediano.)

ESCENA III

El Arcediano y Ramiro.

ARCED. ¿Qué tal cumpliste mi encargo?
RAMIR. Por calles y por plazuelas
no se habla de otra cosa,

y la plebe anda revuelta,
porque los buenos cristianos
sufrir no pueden tal mengua.

ARCED. ¿Tus nombres?...

RAMIR. Estad tranquilo,
que cuando el caso suceda
a la voz de ¡viva el Rey!
correrán a abrir las puertas
a las huestes imperiales
que prevenidas se encuentran,
mientras yo con los más fieles,
de Sosa y Lope las fuerzas
rendámos o acuchillámos;
y así ¡ja Pacheco queda
entregado a nuestro arbitrio
sin amparo y sin defensa!

ARCED. ¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIR. Desde antes que amaneciera
emboscados, varios hombres,
por esas calles le acechan,
y será la primer víctima

de la popular revuelta.

ARCED. *(Sin poder refrenar su alegría.)*

¡Ramiro, mitrado soy
si saigo bien de esta empresa,
que si renquitos Toledo
veras como el Rey me premia
con la mitra más gloriosa
que existe sobre la tierra;
pues ser mitrado en Toledo
en Castilla tanto pesa,
como en Roma ser Pontífice
con ser Padre de la Iglesia!

RAMIR. ¿Mas si nuestro plan fracasa?

ARCED. ¡Hábrá que tener paciencia,
y ségure de Arcediano
en tanto que Dios lo quiera!

(Resuena la campana del Concejo; algunos nobles señores van apareciendo por la calle de la izquierda.)

Mas, silencio. Del Concejo
ya la campana resuena,
y a la sesión de la junta
algunos señores llegan.
Voy a darles la noticia.
¡Tú ve a dar el santo y seña
para que empiece el rebato,
que aquí, vigilante, queda
mi ambición, prontas las garras
y con las fauces abiertas,
que ya de vivir cansóse
hajo su piel de cordera!

(Sale Ramiro por la callejuela, mientras el Arcediano se aproxima al grupo de caballeros.)

ESCENA IV

Arcediano, Don Sancho, Don García y grupo de señores

SANCH. *(Inclinándose.)*

¡Que os bendiga el señor, noble Arcediano,

- ARCED. honra y prez de la Iglesia toledana!
 ¡Que os proteja su gracia soberana,
 orgullo y gloria del solar hispano!
(Todos le rodean con respeto.)
 ¿Dónde tan de mañana vais, señores?
- CAB. 1.º Al Concejo, primero, y luego, a misa.
- CAB. 2.º ¿Sabéis vos para qué se nos precisa
 en la junta?
- ARCED. *(Con misterio, contemplándoles fijamente para
 conocer la impresión que causan sus palabras.)*
 ¡No sé... Vagos rumores
 llegaron hasta mí, mas son tan graves
 que creerlos no puedo. Se decía...
(Bajando la voz. Todos le cercan.)
 Que intentaba arrancar doña María
 al Cabildo las llaves
 de los férreos arcones seculares
 con arabescos de marfil y oro,
 donde encierra la Iglesia su tesoro,
 para aplacar las iras populares!
- SANCH. ¡Callad, noble Arcediano! ¿Quién se atreve
 tal sacrilegio a proponer? ¿No ha hartado
 su codicia la plebe
 con tantas casas como ha saqueado?
- ARCED. *(Dejando caer las palabras con falsa humi-
 dad.)*
 Mi labio nada cierto os asegura...
 ¡Sólo es un eco que repite, quedo,
 lo que en voz firme y alta se murmura
 por las calles y plazas de Toledo!
- SANCH. ¡Mas aunque cierto fuera,
 su empeño será vano,
 que sacrilegio tal no consintiera
 el pueblo toledano,
 que antes que comunero es buen cristiano,
 y a su sagrada religión venera!
- ARCED. ¡Primero que entregar esos caudales
 a la codicia de doña María,
 yo mismo a los ejércitos reales
 las llaves de Toledo entregaría!

GARC. Mas tiene la Pacheco valimiento
en el Concejo...

ARCED. ¡No tened cuidado!
Todos sabéis que he sido su sustento,
y en los peligros, peligré a su lado,
creyendo que ella era
el amparo más firme de Castilla...
Mas defender a esa mujer, hoy fuera
ultrajar la memoria de Padilla.

GARC. ¿Que decís?...

SANCH. ¿Serán ciertos los rumores
que hace correr la plebe alborotada?
¿A un amor criminal ha dado entrada
en su pecho? Decid...

ARCED. ¡Nobles señores,
yo, como nada sé, no digo nada!

SANCH. Se habla de que Guzmán...

ARCED. ¡Siervo de Cristo,
sólo sé oír y perdonar!...

(Viendo aparecer a don Pedro de Guzmán bajo los soportales, y dirigiéndose al Concejo.)

GARC. ¿Mas ella...?

ARCED. ¡Quedad con Dios! ¡El hábito que visto
ciega mis ojos y mis labios sella!
(Desaparece bajo los arcos.)

ESCENA V

Don Sancho, Don García, señores, y luego Don Pedro Pérez de Guzmán.

GARC. ¡No es posible creer tal villanía!
¡Quién pudiera pensar que, bajo el manto
de su viudez, liviana ocultaría
tanta impudicia y desenfreno tanto!

CABA. ¡Aún caliente la sangre del marido,
y ya, dando al olvido
el respeto que debe a sus mayores,
ávido el labio y palpitante el pecho,
buscar anhela quien comparta el lecho
que tumba debió ser de sus amores!

PEDRO. *(Apareciendo de repente ante el grupo, después de haber oído el anterior diálogo.)*

¡Cobardes sois y vuestro labio miente!
 ¿A tal punto el honor ha descendido
 en la tierra del Cid, que impunemente
 ultrajar a una dama habéis oído,
 sin que se alzara, al escuchar tal mengua,
 entre todos vosotros, una mano
 para arrancar la envilecida lengua
 que así deshonra el nombre castellano?

SANCH. *(Echando mano a la espada.)*

Esas palabras...

PEDRO. *(Imponiéndose con su actitud al grupo, que va retrocediendo hasta los soportales.)*

¡Si aún os resta brío,

a todos juntos mi valor arroja
 este guante, en señal de desafío!...

¡Quien tenga corazón, que lo recoja!

(Se quita el guante y lo tira en medio del grupo.)

¡Y en campo abierto o en lugar cerrado,

a pie, a caballo, con lanzón o acero,
 solo como estoy yo, o acompañado,

dónde y cómo le plazca, allí le espero!

¡Venid a combatir uno por uno:

y si solo, ninguno

se atreve a abandonar este recinto,

venid todos, que a todos juntos reta
 la mano que el acero al puño aprieta,

porque quiere escapársele del cinto

para afrentar y herir vuestro semblante!

(Tira de la espada. Los nobles retroceden más, sin que ninguno se incline a recoger el guante.

Doña María, que habrá salido de la iglesia, seguida de su dama y sus pajes, durante la relación anterior, se aproxima lentamente al grupo.)

¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de miedo?

¿Una mano, decid, no hay en Toledo

que audaz se atreva a recoger mi guante?

ESCENA VI

Dichos; Doña María, pajes y damas.

MARIA. *(Avanzando majestuosamente en medio de la expectación general.)*

Queda una mano aún que lo recoja
y os lo entregue en señal de cortesía,
de ira crispada y de vergüenza roja...
¡y esa mano, Guzmán, vedla: es la mía!
(Se inclina, recoge el guante y con gesto de sobria cortesía, se lo devuelve altivamente y se encara con los caballeros.)

¡Nobles señores, mi Concejo os llama!
¡Acudid a la junta, y frente a frente
de Dios y de los hombres, nuevamente
proclamad la deshonra de esta dama
que en vosotros magnánima se escuda,
y por vosotros para siempre viste
este ropaje desolado y triste
y estas oscuras tocas de viuda!

(Con la voz profundamente conmovida.)

¡Yo fui feliz! ¡Tuve un esposo amante,
de honor tan alto y condición tan brava,
que la voz de la Fama susurrante
el León de Castilla le llamaba!...

¡Y un hijo, varonil y generoso,
que por el temple de su alma fiera
digno cachorro de su padre era!

¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin esposo;
de los hombres y Dios desamparada,
perdida de la vida en los desiertos,
en esta negra toca amortajada,
sin tener más consuelo que mis muertos!

Cubrió mi cuerpo la más fina seda,
fulguraban diamantes en mi toca...

¡y hoy me encuentro tan pobre, que no queda
ni un pedazo de pan para mi boca!

(Con altivez.)

¡Todo en servicio vuestro he consumido!

¡Y ved, señores, si mi suerte es dura

que, por los que hoy me ultrajan, he perdido mi dicha, mi riqueza y mi hermosura!

¡Id al Concejo, y decid delante de Dios que me está oyendo, y de Castilla que nos mira y nos juzga en este instante, que habéis visto a la esposa de P. Dilla entregada a los brazos de su amante!

(Les vuelve despectivamente la espalda, mientras los caballeros, con la frente baja, como avergonzados de su infancia, desaparecen bajo los arcos de los soputales. Los pajes y las damas les siguen a una señal de doña María.)

ESCENA VII

Don Pedro de Guzmán y doña María.

PEDRO. *(Profundamente conmovido.)*

¡Un alma cual la vuestra, mi señora, bien vale un reino entero!

MARIA. ¡Vos ahora,
escuchadme!

PEDRO. ¡Tranquilo me someto
a vuestras decisiones!

MARIA. Si arrogante
mi orgullo ha recogido vuestro guante,
es que también acepta vuestro reto.

PEDRO. ¿Qué decís?

MARIA. Que probar también ansio
no el temple y el vigor de vuestro brazo,
sino del alma generosa el brío...

PEDRO. ¡y a vuestra alma a combatir emplazo!
¡Pedid, señora, que probaros quiero
que si en servicio vuestra lo desuendo,
no habrá yelmo o bragueta, paja ni escudo
que resista los golpes de mi acero!
¡Cuanto os plazca, pedid! ¡Mi vida entera!
¡Mas mi vida es bien poco, por ser mía,
para servir de rostración siempre
a dama como vos, doña María!

¿Qué exigis de mi fe?

MARIA.

¡Tan sólo os pido
en nombre de mi honor immaculado,
que me deís al olvido,
y que huyáis para siempre de mi lado!

PEDRO.

¡Si tal acción, señora, cometiera,
por mi santo patrón que indigno fuera
de mi nombre glorioso y de mi fama,
y aun de ceñir este triunfante acero,
que nunca fué, señora, caballero
quien en la lucha abandonó a su dama!
¡Vendida estáis!

MARIA.

¡Lo sé, pero no quiero
que digan los que infames me han vendido,
que yo también, cobarde o fementida,
mi decoro y mi fe dando al olvido,
vendí mi honra por salvar mi vida!
*(Don Pedro inclina la cabeza. Doña Maria se
le aproxima lentamente, con la voz velada por
la emoción.)*

Oídme. . . Poseéis un generoso
corazón que es espejo de hidalguía,
y un nombre tan ilustre y tan glorioso
que el más noble Monarca envidiaría.
La princesa de estirpe más preclara
al pie de los altares, sin desdoro,
como aquel que su plata trueca en oro,
la sortija nupcial con vos trocara.
¡Altivas, orgullosas y altaneras,
sobre cien torreones almenados,
resplandecen al sol vuestras banderas,
que miraron los siglos asombrados
desplegar sus armiños triunfadores,
de la tierra, por todos los confines,
en medio de acerados resplandores
y entre un bélico estruendo de clarines!
Triunfaréis del dolor: sois libre y fuerte.
¡Y yo, cerrada, para amar la boca,
sólo espero los besos de la muerte;
y en la existencia soy como una loca
que de la noche oscura en los desiertos

horribles gritos de amargura lanza,
 escarbando en la tumba de sus muertos,
 para aguzar en ella su venganza!
 ¡Si de veras, Guzmán, me habéis amado,
 que el sacrificio vuestro amor corone!
 Marchad, que entre nosotros se inerpone
 la sombra de un fantasma ensangrentado.
 ¡En su recuerdo fúnebre se abisma
 mi corazón... Y su memoria amada
 de todos, y aun de vos y aun de mí misma,
 la sabré conservar imaculada!

PEDRO.

¿Dónde, señora, iré? ¿La vida entera
 para esta eterna angustia silenciosa
 que nada calma porque nada espera
 será mucho más triste que su fosa?
 ¿Dónde podré encontrar un lenitivo,
 si en mi celosa adoración advierto
 que él está vivo en vos, estando muerto,
 y yo estoy muerto en vos, estando vivo?

*(Queda un momento con la cabeza entre las
 manos, como abatido por honda desesperación.
 Después se yergue de nuevo, en un arranque
 de amor infinito.)*

¡Mas, no, no puede ser! ¡No me ardeis
 que rompa para siempre estas cadenas
 de rosas! ¡A mis ojos no neguéis
 la luz! ¿Para qué quiero mis almenas?
 ¿De qué sirven al alma enristecida
 mi corcel y mi espada triunfadora,
 si por vos en las luchas de la vida
 no he de triunfar ni he de morir, señora?

(Con la voz suplican c.)

¡Dejadme aquí! Si el verme os causa agravios
 y mi voz os molesta a vuestro oído,
 os seguire sin despegar los labios,
 sin miraros jamás, sea hacer ruidos,
 como un virgo tímido, cual la sombra
 de un silencioso y ahogado pájaro
 que sostiene el canto de vuestro nombre
 sobre los tercapielos de la clámida!

MARIA.

Don Pedro, alzáte. ¡Si acabo precisara

confiar el honor de esta viuda,
a vos sólo, Guzmán, lo confiara!
Mas aceptar no puedo vuestra ayuda,
porque en vez de ampararme, me infamara.
¡Seguid, lejos de mi, vuestro sendero,
que es inútil, Guzmán, vuestra querrela;
pues yo, aferrada a mi altivez, prefiero
morir con honra que vivir sin ella!
¡Y así, si acaso caigo en la jornada
por el encono o la traición herida,
será digna mi muerte de mi vida;
pues si honrada vivo, moriré honrada!

PEDRO. *(Como quien da el último adiós a la esperanza, vencido por la actitud noble y severa de doña María.)*

¡Vuestra voz para siempre me destierra
del paraíso que soñó mi anhelo!

MARIA. Lejos de vos, ¿quién me dará consuelo?
¡Vuestra conciencia, aquí, sobre la tierra
y la bondad de Dios, allá, en el cielo!

PEDRO. *(Después de un momento de vacilación, como el que realiza el más grande sacrificio de la tierra.)*

¡Obedeceros el deber me ordena!
¡De vuestro lado partiré, ahora,
a seguir arrastrando esta cadena
cuyo diente de hierro me devora
el corazón! ¡En mi camino oscuro
jamás volveré a hallar vuestra mirada!
(Sacando la espada.)

¡Por la pureza de mi honor, lo juro
sobre la cruz triunfante de esta espada,
que inútil ya sin vos para la gloria,
y antes de profanarla en la pelea
por otra causa que por vos no sea,
la rompo a vuestras plantas, en memoria
de mi amor y mi eterna desventura!
(La rompe, sollozando, por la empuñadura.)
Era, fuera de vos, todo el tesoro
que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el oro
de su rica y gloriosa empuñadura.

cayó la única lágrima, vertida
por estos ojos que, al perderos, pierden
todo el fuego y las luces de la vida!

(Se la presenta como un don.)

¡Para que vuestros ojos me recuerden,
guardadla ahora, que de vos me aleje
para siempre, pues lívido de espanto,
crucificada en esa cruz, os dejo
toda mi vida transformada en llanto!

MARIA. *(Guardando el puño de la espada, y haciendo esfuerzos inauditos para refrenar su emoción.)*
También en esta lucha habéis vencido,
y vuestro temple reconozco ahora...

¡Que alumbre vuestro paso a Dios le pido!
(Le da a besar la mano. Después se dirige al Concejo.)

PEDRO. *(Voz de un agonizante.)* ¡Adiós, señora!
(Doña María desaparece por los soportales del Concejo.)

ESCENA IX

El Arcediano, Ramiro, don Sancho y tres soldados.

(Al desaparecer don Pedro por la calleja de la derecha, salen cautelosamente de los soportales de la hostería Ramiro y los tres soldados.)

RAMIR. *(Señalando la dirección de don Pedro.)*

¡Seguid todos sus pasos con cautela,
y en esas calles, al menor descuido,
atacarle los tres, y darle muerte!

¡Mas cuidado, que el hidalgo tiene bríos!

(Los tres hacen un signo afirmativo, y desaparecen por la calleja de la derecha, con la mano en la empuñadura de sus espadas. Ramiro se dirige hacia la izquierda, mas se detiene al ver salir del Concejo al Arcediano conversando con don Sancho.)

ARCED. ¡No puedo consentir tal sacrilegio!
De cuanto ocurre a osaré al Cabildo.

que antes que comunero, soy, don Sancho,
humilde siervo de la fe de Cristo,
y primero es mi alma... ¿Qué me importan
libertades, franquicias, señoríos
y tanto fuero humano, si mi alma
se pierde por los siglos de los siglos?

SANCH. ¡Tolerar no podemos tal escándalo!

ARCED. ¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,
y antes que nazca el sol, sobre esas torres
ha de flotar al viento, como un símbolo
de paz, sobre la gloria de los cielos,
el águila imperial de Carlos V!

SANCH. Estoy a vuestro lado, y para todo,
Arcediano, podéis contar conmigo.

ARCED. Pues que empiece el rebato. Vos, don Sancho,
juntad los vuestros, y al sonar el grito
de la revuelta, acudiréis, armados,
a defender los fueros del Cabildo,
¡que allá, en el cielo, Dios, y aquí don Carlos,
sabrán recompensar vuestros servicios!

SANCH. ¡Que nuestras armas triunfen en la lucha!

ARCED. ¡Que Dios nos favorezca con su auxilio!
(Don Sancho y Ramiro salen por la izquierda.)

ESCENA X

El Arcediano, solo.

ARCED. ¡Si tuviese valor!... Naturaleza,
¿por qué, madrastra infame, no le has dado
al alma brío, al brazo fortaleza
y al corazón un ánimo esforzado?
¡Entonces, a la clara luz del día,
blandiendo mi lanzón o mi tizona,
la mitra episcopal conquistaría
como un rey que conquista su corona!
¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido buena,
porque diste a mi alma, juntamente,
el furor cauteloso de la hiena
y la astucia sutil de la serpiente!

La cabeza me juego en la partida...
 ¡Animo, corazón, y ahuyenta el miedo,
 que bien vale la mitra de Toledo
 jugarse, a un golpe del azar, la vida!
(Penetra en el templo.)

ESCENA XI

Doña María de Pacheco, Sosa, damas, pajes, Caballero 2.º, hombres de armas y gente del pueblo.

(Resuena la campana del Concejo y aparece doña María, precedida de un porta-enseña con la bandera de las Comunidades, y de dos heraldos con las armas de la ciudad. La siguen damas, pajes y algunos señores. Por las calles de la izquierda asoman grupos de gentes del pueblo.)

MARIA. *(Deteniéndose a la puerta del templo.)*
 ¡Si hay culpa, mi Señor, en esta empresa,
 sobre mi frente caiga tu castigo!
(Indicando las grandes puertas del templo.)
 ¡Abrid de par en par todas las puertas,
 que si no es el Rey mismo,
 es Castilla quien pisa los umbrales
 de ese piadoso y místico recinto!
(Se abren de par en par las puertas del Perdón, y por ellas penetra doña María, seguida del porta-enseña, los heraldos, las damas, los pajes y algunos hombres de armas. El pueblo ha invadido la escena.)

ESCENA XII

Caballero 1.º. Idem 2.º, pueblo y señores.

GARC. ¡Dios ha de castigar el sacrilegio!
 NOB 2.º ¡Perdónaos, Dios mío!
 PUEBLO. ¡No queremos las joyas de la Iglesia!

¡No aceptamos los bienes del Cabildo!
 ¡Preferimos morir a ser ladrones!
 ¡Perdónanos, Dios mío!

ESCENA XIII

Dichos; Doña María, el Arcediano, damas, pajes y el Cabildo.

(Resuena el lejano y pesado doble de las campanas de la Catedral, y tumultuosamente la gente va saliendo del templo. Aparece doña María, livida, desencajada, con las joyas del Cabildo aún entre las manos, lanzada del templo por el Cabildo en pleno, con la cruz alzada.)

ARCED. *(Con voz de trueno.)*

¡En el nombre de Dios omnipotente,
 por blasfema, sacrilega e impia,
 te arrojamos del seno de la Iglesia
 y eternamente vivirás maldita!
 Excomulgada para siempre quedas,
 y excomulgado quien tus pasos siga,
 el agua que te den, el pan que comas,
 el techo que te sirva de guarida...
 ¡Todo cuanto tocar puedan tus manos!
 ¡Todo cuanto contemplan tus pupilas!

MARIA. *(Retrocediendo desesperada.)*

¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Señor!

ARCED.

¡Calla, blasfema,
 que tus palabras al Señor irritan!
(Todos se van alejando de doña María. Resuenan de pronto las campanas de la iglesia de Toledo a arrebató.)

GARC. ¡Arrojemos su cuerpo en una hoguera;
 el fuego de sus llamas purifica!

PUEBLO. ¡Castigala, Señor, que ella es culpable
 de los males del pueblo! ¡En una pica
 llevemos su cabeza al campamento
 de nuestro Rey don Carlos!... ¡El Rey viva!

¡Viva don Carlos, nuestro Rey! ¡Al fuego la hechicera! ¡A la hoguera la maldita!

MARIA. *(Como loca, transfigurada de dolor, alzándose como una jera. Algunos leales se aprestan a defenderla.)*

¿Es posible, Señor, que tanta infamia sobre la tierra la bondad permita!
¿Es posible creer lo que estoy viendo?
¿No será una sangrienta pesadilla de una débil razón atormentada, que ya cansada de sufrir, delira?...
(Dirigiéndose al Arcediano.)

¿Es posible que tú, que tú, Arcediano, me arrojes de ese templo, me maldigas, por lo mismo que tú me aconsejaste?
¡Oh, dímelo, por Dios! ¡Di que es mentira; que todo ha sido un sueño! ¡Que esas joyas son sólo patrimonio de Castilla!
¡Que ese Dios, a quien sirves y veneras, y en cuyo sacro altar, piadoso, oficias, tuvo en más la humildad de su pobreza que todas las riquezas de su vida, y pudiendo ceñir áureas coronas, sólo sus sienes coronó de espinas!

ARCED. ¡Aparta de mi lado, excomulgada, que profanan tus ojos cuanto miran!

MARIA. *(Volviéndose al pueblo.)*
¡Y vosotros, vosotros, comuneros, por quien es hoy la viuda de Padilla, por quien me encuentro enferma, sola y pobre, sin patria, sin hogar y sin familia y hasta sin Dios... ¡Sin Dios!... ¡Decid que todo ha sido una sangrienta pesadilla!

GARC. ¡Tú eres la causa de nuestros disturbios, la loba hambrienta que arruinó a Castilla!

MARIA. ¡Por mi esposo!

ARCED. ¡No ultrajes su memoria, ya que, dando al olvido su vida, mancillaste su lecho, y en la sombra a tus mismos amantes asesinas!

MARIA *(Atónita.)*

¡Oh! ¿Qué dice ese monstruo?

ARCED.

¡Hace un momento don Pedro de Guzmán, que merecía mejor suerte, cayó en esas calles sangrando el corazón por tres heridas!

MARIA.

(En un arranque maldito de desesperación, clavándole en el cuello el trozo de espada que le entregó don Pedro.)

¡Basta, basta! ¡La lengua que me insulta, la inmundicia hiena, la traidora vibora, no volverá a enroscarse a mi garganta, no ha de volver a emponzoñar mi vida!

PUEBLO. *(Apartándose con horror al ver caer al Arcediano.)*

¡Sacrilégio!

VOCES.

(Fuerza.) ¡Toledo por don Carlos!
(El pueblo corre por la calle de la izquierda, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.)

ESCENA ULTIMA

Dichos y Sosa

SOSA. ¡Salvaos, mi señora, estáis vendida!

MARIA. *(Como quien despierta de un sueño.)*

¡A mí los toledanos!... ¡A los muros!...

SOSA. ¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES. ¡España por don Carlos!... ¡Viva España!

MARIA. *(Haye por la derecha, mientras desciende el telón.)*

¡A morir por los fueros de Castilla!

TELÓN

Lea Vd.

EL CVENTO AZVL

**Selección de los mejores
cuentos y novelas cortas
de los más famosos autores**

40 cts.



LEA VP

Popular
para todos

EL CUENTO ALM
50 cts

EL TEATRO
50 cts

LOS TRABAJOS AVENTURAS
50 cts

El Sheriff
50 cts

WELLY ENCANTADOS
para los niños

REVISTA
para todos